HOMBRE DE AMERICA

No. 27

OCTUBRE 1945

SUMARIO:



TOLSTOY (quebracho)
por Stephan Erzia

30 CENTAVOS

0.10 dólar en el exterior

HOMBRE DE AMÉRICA
F U E R T E Y L I B R E

AÑO VI — OCTUBRE DE 1945 — Nº 27

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 133661

NUESTRA ENCUESTA

Hemos dado fin a la misma, después de haber publicado en 9 números sucesivos, del 18 al 26, numerosas respuestas valiosas, de gran interés y diversa opinión. El conjunto de las mismas evidencia un sólido aporte digno de ser releído y consultado. Colaboraron en la encuesta: Dardo Cúneo, Diego A. de Santillán, Dr. Angel Ossorio y Gallardo, Dr. Andrés Townsend Ezcurra, Ing. J. Maguid, Dr. Jorge G. Nicolai, Dr. Josermo Murillo Vacareza, Dr. Saúl Taborda, Dr. Emilio Frugoni, Dr. Justino Cornejo, Dra. Paulina Luisi, Gerardo Gallegos, Ciriaco Duarte, Agustín Souchy, Rafael Larco Herrera, H. G. Wells, Ricardo Quijano Flores, A. Díaz Urrieta, Prof. José M. Lunazzi y A. R. Fabiani.

C A N J E

Universidad de Antioquía, Medellín, Colombia, (Nº 69-70); *Tierra Libre*, La Habana, Cuba, (mayo y junio); *Boletín de la Unión Panamericana*, Washington, Est. Unidos, (junio, julio y agosto); *México agrario*, México, (abril a junio); *Yikal Maya Thau*, (Rev. de literatura maya), Mérida, Yucatán, (mayo y junio); *The call*, New York, (Nos. 504 a 508, hasta julio 2); *L'adunata dei Refrattari*, New York, Nos. 24 al 30, Vol. XXIV; *Tegucigalpa*, (Honduras), mayo y junio, Nos. 903|4; *América Unida, Tegucigalpa* (Honduras), 36 y 37, año III; *War Commentary*, Londres, Vol. VI, Nos. 17-18, junio 1945; *Verdad*, (Nueva Palmira, Uruguay). año II, Nº 49; *Boletín Informativo Universidad Chile*, junio 1945, año I, Nº 3; *Mancomunidad*, México, año XXX. época V, mayo y junio 1945; *Bol. Soc. Geográfica de La Paz* (Bolivia), año LV, Nº 67; *Rev. Hispánica Moderna*, México; *Renovación*, Caracas, Venezuela, junio; *El auto argentino*, Buenos Aires; *El auto rosarino*, Rosario; *Ateneo*, Rosario; *Acción Libertaria*, Buenos Aires; *Nueva Vida*, Avellaneda; *Nueva Epoca*, Mendoza; *El Correo de Firmat*, Firmat, Pcia. de Sta. Fe; *Renovación*, Teodolina, Pcia. de Sta. Fe; *Cine - Productor*, Buenos Aires; *La Reforma*, Tucumán; *El Magisterio*, Corrientes; *El Puerto*, Ingeniero White, Pcia. Bs. Aires; *España Libre*, Buenos Aires; *Correo de Asturias*, Bs. Aires; *Cultura*, Cañada de Gómez, Santa Fe; *Guaymallen*, Mendoza.

COLECCIONES de la REVISTA

Están en venta colecciones encuadernadas de HOMBRE DE AMERICA, en tomos separados, del Nº 1 al 12 y del Nº 13 al 24, al siguiente precio:

Encuadernado en rústica . . . . . $ 5.—
Con lomo dorado . . . . „ 6.50

También ponemos a su disposición la colección completa, de 24 números en un solo tomo, al precio de:

En rústica . . . . $ 10.—
Con lomo dorado . . . . „ 12.50

Haga sus pedidos con tiempo, pues hay pocos ejemplares.

Dirección: A. CUPIT

Redacción y Administración
PIEDRAS 756, Dto. 1.º
BUENOS AIRES

Toda la correspondencia debe ser dirigida a nombre de A. CUPIT. Giros y toda clase de valores a VICENTE CASADO

Suscripción anual:
ARGENTINA: $ 3.50
EXTERIOR: 1 dólar
Ejemplar: 30 centavos
Exterior: 0.10 dólar

La responsabilidad de los conceptos e ideas expuestos en los trabajos firmados que se publican incumbe exclusivamente a sus autores. El Comité de Dirección, de acuerdo con el criterio enunciado en la Declaración inicial, no ejerce censura previa sobre las colaboraciones, ni aun en las secciones fijas, a cargo de redactores permanentes. Por tanto, declara que en ningún caso ellas implican una opinión oficial de HOMBRE DE AMERICA.



Impreso en Argentina
Printed in Argentina

ARGENTINA SOLIDARIA EN AMERICA

La guerra, en su faz económica, hoy tan fundamental como la política, no ha terminado para la Argentina. Tal se desprende de la medida extrema del Departamento de Estado de Norteamérica contra varias naciones, entre las que cuenta una sóla de este hemisferio. Se mantendrán las restricciones de las exportaciones para nuestro país, serán rigurosos los controles como en tiempos de guerra. En suma, un castigo económico por causales políticas. ¿Por qué un castigo, y cuál es la culpa?

Desde el principio de la guerra estábamos situados, como pueblo y contra nuestra firme voluntad contraria, en una situación anómala de aislamiento continental. Pese a los cambios en el poder, el gobierno seguía manteniendo una falsa política neutral, que no era prescindencia y sí apoyo subrepticio (en ocasiones sin ambajes) a la expansión del Eje en América. Política y economía bifrontes. La inmensa mayoría del pueblo argentino se inclinó siempre por la lucha abierta contra el fascismo. Pero estaba desunido, desmoralizado, y no podía hablar. Cuando el Eje declinó, ya en vertiginosa caída, nuestro gobierno firmó, por presión de veinte naciones, el Acta de Chapultepec, que se refiere fundamentalmente a la asistencia recíproca y a la solidaridad americana. Esta firma no era puro formulismo diplomático: imponía obligaciones internacionales en el orden interno de cada país signatario. Y la culpa grave reside en no haberlas cumplido, siguiendo un doble juego de política interna represiva, de corte fascista neto, que de ningún modo responde a la tradición histórica popular de nuestro pueblo. Suscribió también las resoluciones de la Conferencia de San Francisco, entre ellas una que expresa: "Todo estado que amenace su propio sistema de libertades individuales amenaza a su vez la paz del mundo, y tal situación debe ser incompatible con los fines y propósitos de la vida en común de las naciones".

La grave medida adoptada que aquí comentamos coloca al pueblo argentino ante un doloroso dilema. ¿Debe rechazar la intromisión de otro país en su situación interna? Esto es lo que hacen los "nacionalistas", apéndice nazi en la Argentina. Pero hay ahora en el mundo un deber internacional superior a todos los exclusivismos nacionalistas. No se puede anular el esfuerzo de millones de vidas sacrificadas para destruir el morbo fascista, incubando nuevos focos totalitarios, ocultos tras un falso nacionalismo. Hay que derrotarlo también, y a todo trance, en las ramificaciones políticas y económicas que podrían desarrollarse en la paz.

Si el mundo viviera hoy en circunstancias normales, si nuestro país no estuviese bajo la coerción sistemática de un régimen de fuerza que ahoga sus libertades más elementales, si fuéramos libres para expresar nuestros derechos, habríamos protestado contra cualquier intromisión, por más indirecta que sea, aunque obedezca como ahora a una actitud defensiva abstencionista de intercambio económico, de graves alcances para nosotros. Pero, como hemos tolerado que no sean cumplidos los compromisos internacionales firmados, la única solución que nos queda es ésta: cuánto más pronto salgamos de la encrucijada de la dictadura, cuánto más pronto nos recuperemos como pueblo libre, tanto más rápido podremos entrar, sin restricciones foráneas peligrosas (máxime cuando pueden tener proyección imperialista), en el camino seguro y firme de la cooperación internacional americana, con amplio intercambio recíproco y multilateral. Entonces estaremos en condiciones de decir que, en igualdad de derechos con todas las naciones del continente, sin ninguna hegemonía, podremos coadyuvar en un vasto plan racional de la economía americana, y de autodeterminación política de los pueblos en vinculación corresponsable.

La solidaridad americana no debe ser una abstracción general, vista sólo en conjunto. Debe ser dirigida a sus partes, ya que para ser efectiva ha de nacer simultáneamente en cada país, y aunarse en la solidaridad. De lo contrario, es una simple declaración de conferencias y pactos. Paraguay, Bolivia, Brasil, también han suscripto hermosas declaraciones de buena vecindad, pero hacia afuera, porque hacia adentro la libertad está ...en los campos de concentración. Por eso no basta que los pueblos de América hayan nacido bajo un signo común de vida independiente, si los usurpadores del acervo histórico han convertido a la soberanía popular en irrisión o escarnio. Es preciso que, a pesar de la mala voluntad transitoria de los gobiernos que maniatan al "soberano" con tiranías o dictaduras, surja y se afirme la buena voluntad solidaria y permanente de los pueblos, ansiosos de libertad y luchando por élla.

Si de algo servirán las medidas restrictivas será para hacernos abrir más los ojos, en Argentina y en América, y desde América hacia el mundo. Hagamos que esas medidas duren poco, y para ello defendamos la libertad en el orden interno, que será esa defensa la base digna y reintegratoria del pueblo argentino en la comunidad de las naciones americanas.

Vamos aquí a la raíz misma del problema: los pueblos solidarios entre sí. Hay que insistir en que el pueblo es el propio gestor de su soberanía. La soberanía popular no es un atributo prestado. Es el derecho natural de los pueblos de autodeterminarse, derecho no siempre bien interpretado y por lo común mal comprendido, que se antepone al derecho jurídico que suele mutilarlo, transgredirlo, y, por ironía, siempre en nombre del mismo pueblo.

Para dar base al interamericanismo hay que reconquistar la soberanía popular de todos los pueblos de América, que han sufrido y vienen sufriendo dictaduras, caudillajes y tiranías, largos regímenes de oprobio indignos de su origen de independencia, común a todas las naciones del Continente.

La Argentina, que es también poseedora de esa tradición fundamentada por el pensamiento liberal de sus precursores revolucionarios en la emancipación libertadora, que ha sido propulsora del ideario de unidad continental, no puede hoy desoír la voz de los pueblos del continente, y si su gobierno transitorio no es el portavoz de ese anhelo profundo de las multitudes argentinas, el pueblo debe continuar bregando por esa conquista de solidaridad indestructible, que es la base política firme para asegurar a América de toda posible lucha fraticida. Detrás de los dictadores que hoy persisten en tierra americana, están los restos agazapados del totalitarismo vencido en Europa en el frente de guerra. Luchar entonces hoy por la unidad continental es luchar al mismo tiempo por la libertad de los pueblos de América y por el aplastamiento definitivo de la hidra totalitaria que mancha el mapa político del Continente.

Es hora ya de pensar en que se necesita ir concretando una vinculación más estrecha, tendiendo hacia una confederación de pueblos americanos, con plena autonomía nacional y regional; y es también exigencia de hoy, ante la tremenda realidad de posguerra (pero con miras permanentes), establecer una economía pa-

ra toda América, hacia una unidad económica que contemple la diversificación productiva y su distribución mediante un intercambio recíproco racional. Perentoriamente, debido a los excedentes, se practicó en plena guerra, y pudo en gran parte solventarse la crisis aguda. Claro está que ello obedecía a una necesidad primordial de Estados Unidos, absorbida por la producción bélica y que buscó importación de otros mercados americanos, en especial de materias primas, y también de cierta producción elaborada.

Pero lo que fué circunstancial debe ser permanente. Demás está decir que detrás de esta vinculación económica debe lucharse contra todo propósito imperialista. Si uno piensa que el comercio exterior de los países sudamericanos entre sí apenas si llegaba en tiempos normales al diez por ciento, si se piensa en el grave obstáculo de las trabas aduaneras, en la carencia casi total de acuerdos regionales, en la falta de un estudio recíproco (sobre todo entre países limítrofes) de sus producciones, para complementarlas en la producción y en el intercambio, uno no puede extrañarse de ningún modo del desequilibrio económico subsistente en cada país sud y centro-americano, y de la dificultad con que tropiezan para no ser pasto del imperialismo que se apropia de esas economías nacionales, y por ese medio también de sus situaciones políticas internas.

Hay que ir, pues, para asegurar la unidad económica continental inmediata, hacia la supresión o por lo menos atenuación visible de las trabas aduaneras, hacia la configuración del mapa económico continental según un plan de distribución de la producción por regiones, lo que lógicamente significa una integración regional económica de toda América. Cada país puede llevar a cabo, como complemento indispensable, el mismo plan de integración regional en el orden nacional, sobre todo en la Argentina donde se pueden producir todas las materias primas, según un plan diversificado para todo su territorio.

Esta vinculación, este anhelo realizado de una economía racional y equitativa para toda América, tendrá forzosamente una intensa repercusión en el aspecto político. Y lo que hoy es una simple aspiración espiritual de grandes sectores de los pueblos americanos, puede convertirse en base sólida para anular todo intento de dictaduras internas y de intromisión imperialista.

Lo que aquí enunciamos como propósitos amplios, no debe hacernos olvidar lo que hoy acontece, no sólo en nuestro país, sino en varios países americanos. En esta hora incierta para el mundo, los hombres de América debemos luchar contra el aislamiento de los pueblos que integramos. Si en cualquier país del continente hay un régimen que desnaturaliza el interamericanismo, que se burla de los pactos continentales, de la asistencia recíproca y la solidaridad americana, es un deber contribuir a que ese peligro desaparezca, porque toda América peligra. La amenaza es para todo el Continente. Y América debe ser un ejemplo para el mundo. No perdamos jamás de vista el propósito común de liberación continental, porque tendrá un poderoso influjo sobre la liberación de los pueblos de los otros continentes. Tierras de paz en el orden internacional, cuidemos que no se malogre esa posición subsistiendo regímenes peligrosos para la paz en el orden interno, y, por encima de cualquier duda circunstancial, acojamos como un saludable estímulo para nuestra lucha contra toda dictadura, la palabra y el gesto solidario que nos venga de otras naciones de América. Mañana, restablecidas las vías democráticas, lucharemos por nuevas superaciones, y contra cualquier otra dictadura o imperialismo que amenace la unidad americana en su constante desarrollo.

DESDE INGLATERRA

Escribe LUIS ARAQUISTAIN

UNA CENA CON HITLER

Londres, junio 1945.

Poco me imaginaba yo cuando, durante la guerra de 1914-18, mi pluma se entretenía, menos respetuosa que de costumbre, en ridiculizar al Káiser, a Hindenburg y otros mascarones de proa de la Alemania guillermina, que unos años después, en 1932-33, yo iba a visitar cuatro veces nada menos que al propio "Wotan de madera", como luego se le ha llamado, al mismo mariscal Hindenburg, entonces Presidente, último Presidente, de la República de Weimar. La primera fué para presentarle las cartas credenciales y entonar un canto —verdadero canto del cisne— a la Constitución de Weimar, quizás en reconocimiento de lo mucho que la plagiamos los diputados constituyentes de la República española de 1931: ingenuamente creíamos que el código weimariano era la última palabra de la ciencia política en Europa. Aún veo las largas caras de asombro o de indignación mal disimulada con que escucharon mi intempestiva rapsodia aquellos rígidos militares y altos funcionarios que daban escolta al Presidente mariscal y que hacía tiempo se habían juramentado, con la complicidad del propio jefe de Estado, para perpetrar el golpe de gracia a una República que virtualmente había muerto y que acaso estaba ya muerta al nacer.

La segunda vez fué a comienzos de 1933, al recibir el Presidente al cuerpo diplomático en pleno, estrechar la mano a cada uno de los jefes de misión y decir a algunos de ellos, los más importantes o los más cortejados por motivos de la política internacional del momento, alguna frase lisonjera o alguna tontería de circunstancias, en que el introductor de embajadores le había instruído previamente. Semanas después, Hindenburg nos dió un banquete a los diplomáticos, y ésa fué la tercera vez que le ví. La cuarta y última ocurrió unos meses más tarde, al ir a despedirme protocolariamente. El tronco mitológico parecía casi como arrancado de la madre tierra y apenas sin otra vida ya que una supervivencia puramente vegetativa. Ni hablaba ni casi oía. Al levantarme para retirarme, hizo un gran esfuerzo de concentración del residuo de sus fuerzas anímicas y con una voz que parecía descender de un lejano Valhala me preguntó solemnemente: "¿Se dice Gránada o Granada?" Menos mal. Todavía recordaba que yo era español.

De las cuatro veces en que fuí recibido por Hindenburg, la más entretenida y la que encierra algún recuerdo histórico de interés fué la tercera, la noche del banquete diplomático. Allí conocí a Hitler y hablé unos instantes con él. Hitler era canciller desde hacía un par de semanas. Llegó al palacio presidencial momentos antes de sentarnos a la mesa y tuvo un capricho bien singular y desusado en una casa, que, después de todo, todavía no era la suya. Como es costumbre en tales casos, los asientos asignados a los comensales, estaban puestos en el orden de precedencia que establece el protocolo. Pero Hitler, que iba a hacer su famosa revolución nacionalsocialista, no estaba dispuesto, al parecer, a respetar tradiciones diplomáticas, y pidió que colocaran a su lado la embajadora de Italia a quien correspondía otro lugar. No se imagine el malicioso lector que en ese tardío antojo de Hitler había el menor propósito venusto: la naturaleza le negó toda aptitud amorosa, y ésa fué quizás una de las raíces de su extraña psicología, tan trágica para él como para el mundo, como lo fué asimismo en Robespierre, en Tiberio y en otros déspotas impotentes, azotes de la humanidad. Era, sencillamente, que de ese modo quería rendir público y ostensible homenaje a su gran amigo y maestro Benito Mussolini, sentándose junto a su representación femenina en Berlín.

Por complacerle, hubo que alterar de prisa y corriendo los puestos prefijados. Ello fué causa de una situación tragicómica, que pude saborear a mis anchas porque estaba muy cerca. En el desbarajuste del comedor que hubo de producir la ventolera de Hitler, se encontraron de pronto sentadas, codo con codo, las dos personas que menos podían esperarlo y desearlo: el nuncio de Su Santidad el Papa y la embajadora rusa. Repuesto sin duda de su primera sorpresa, pude observar que el nuncio, hombre fino y cortés como buen diplomático eclesiástico, dirigía a la embajadora bolchevique tal vez alguna de esas banales preguntas de tanteo que en las comidas diplomáticas sirven para romper el hielo de los primeros momentos: si, por ejemplo, en su tierra hacía mucho calor en verano o mucho frío en invierno, o si era la primera vez que visitaba este país. Desgraciadamente la embajadora de Stalin no hablaba otro idioma que el ruso, y no entendiendo las finezas del nuncio, se limitó a sonreirle muy amablemente en silencio con toda su ancha cara mongólica. Cinco o diez minutos después, el nuncio volvía a la carga, probablemente ahora en otro idioma, pensando que si la dama no hablaba el primero en que la había interpelado, quizás el alemán, era de presumir que conociese el francés o el inglés. La embajadora soviética, muy amablemente otra vez, le contestó con una nueva sonrisa, más lunar si cabe que la primera.

La escena se repitió infructuosamente cuatro o cinco veces, y al cabo el nuncio, dándose por vencido, consagró todas sus atenciones a la señora de la otra mano, mejor lingüista por las trazas. Entre tanto Hitler arengaba incesantemente a la embajadora italiana, bien ajeno a la pequeña Babel que había levantado entre Moscú y Roma. ¿O fué su travesura no sólo dar orden de que le trajeran la embajadora de Mussolini, sino también que sentaran juntos a un señor y una señora representantes de los Estados más hostiles, entonces, de la Tierra? Por lo pesada, la broma parecía perfectamente alemana y nazi. Quizás era el principio de la nueva diplomacia de la raza escogida que estaba destinada a dominar el mundo durante mil años.

A mí no me cupo duda que aquella noche Hitler se ponía el frac por primera vez. Se le veía embarazado por la ridícula prenda y fuera de situación en una compañía internacional que en su fuero interno seguramente despreciaba, pero cuya desenvoltura de lenguas, ademanes y movimientos, sin embargo, le imponía. Todavía conservaba su pelo de la dehesa de hombre alpino y rústico y su timidez de antiguo pintor de puertas; honrado oficio que en otro país cualquiera enorgullecería a quien, como Hitler, se hubiera elevado desde él al pináculo de un gran Imperio; pero que en la Alemania de los Junkers feudales había de mirarse con profundo menosprecio como origen social de un gobernante, y en más de una ocasión debió sentirlo como una bofetada el demagogo austríaco en el trato con sus colaboradores del ejército y la burocracia tradicionales. Pese a su inmenso poder, fué siempre un resentido, un torturado por un sentimiento de inferioridad: otro resorte quizás de su ambición de dominio. Antes indiqué el que también le empujó acaso a buscar en el poderío ilimitado una compensación de su impotencia.

Terminada la cena, salimos a un amplio salón. En el centro, apoyado en un bastón, se quedó Hindenburg, como una miniatura de aquella estatua colosal de madera, cubierta de clavos, que le levantaron sus admiradores teutónicos en la guerra anterior. A su alrededor se agruparon las señoras, quizás apiadadas de aquella especie de titán insepulto que, como algunos grandes paquidermos, parecía permanecer en pie después de muerto. Un muerto, en efecto, era políticamente. Allí estaba su sucesor, la nueva potencia, el ex-pintor de brocha gorda. Los diplomáticos, menos piadosos, abandonaron al mariscal Presidente y corrieron tras el antiguo caporal, ahora canciller del Reich. Hitler se refugió en un ángulo del salón y allí fué recibiendo uno a uno a la ringlera de embajadores y ministros que a suaves codazos pugnaban por ser los primeros en acercarse al hombre del cual iba a depender el destino de tantas naciones europeas. Eran los primeros apaciguadores, los precursores de Munich, y querían ya desarmarle con lisonjas, reverencias, sonrisas y zalemas. Genuflexiones, ditirambos y tiempo perdidos. Aquel hombre patológico y resentido, jefe natural de un pueblo también resentido y patológico, iba a lo suyo, y sólo casi todo un mundo en armas podía desarmarle doce años después a costa de océanos de sangre y miseria.

Yo me quedé hablando con alguien, creo recordar que con el embajador ruso. Nuestros países no tenían entonces relaciones diplomáticas, pero nuestras relaciones personales eran excelentes, como lo han sido en otras partes. No me cansaré de repetir que mi incompatibilidad con los partidos comunistas en nada amengua mi respeto por Rusia y sus diplomáticos oficiales. De pronto un secretario se acercó a mí y me invitó en nombre de Hitler a ir a saludarle. Me sorprendió el recado. Por lo visto el embajador ruso y yo éramos los únicos que no nos habíamos dado prisa a comparecer ante el futuro dictador, y él o sus secretarios, que al parecer llevaban la cuenta de los que habían hecho acto de presencia y de los remisos, me recordaban el deber de no privarme de tan alto honor. Como en aquel instante mi interlocutor me estaba contando algo y no me parecía correcto dejarle súbitamente con la palabra en la boca, hice una vaga seña de asentimiento al secretario y continué escuchando al colega. Cinco minutos más tarde reaparecía el secretario y repetía la invitación, ahora en un tono más seco. Como no era discreto, en una casa extraña, dar un escándalo, que por otra parte a nadie hubiera beneficiado, me dirigí lentamente hacia Hitler.

Nos dimos la mano. Yo le saludé en alemán y le miré fijamente, curioso de sorprender en su rostro algún signo de aquel magnetismo que, al decir de todos, ejercía sobre las masas nazis. Nada excepcional descubrí en sus vulgares facciones. Al contrario, su bigotillo a lo Charlot y su mechón de pelo estudiadamente tendido sobre una parte de la frente confirmaron la impresión de mal gusto y plebeyez que siempre me habían causado sus fotografías. Era un hombre de estatura mediana, de voz campanuda, como sus ideas, y sin ningún rasgo fisonómico que le hiciera sugestivo o simpático. El ídolo resultaba de pobre barro visto de cerca: esta es la opinión común a cuantos le trataron en privado. Su mirada era huidiza. Apenas nos dijimos nada. La antipatía mutua era evidente para los dos. Con él estaba Meissner, haciendo de intérprete con los que no hablaban alemán; el asunto, inteligente y cínico Meissner, alto funcionario de confianza con todos los gobiernos y, al parecer, con todos los regímenes; hombre de los que nadan en cien aguas distintas y esconden siempre la ropa. ¿Qué habrá sido de él? Seguramente es de los que sobreviven y de los que reaparecerán en la cancillería, con la revolución, si por raro azar la hay al fin en Alemania, o con otra dictadura.

Hitler, por evitar la conversación conmigo, se volvió a Meissner y se puso a elogiar desmedidamente su don de lenguas. Hitler no hablaba más que alemán y su léxico era en extremo pobre. Suplía su penuria idiomática con la reiteración constante de los mismos conceptos y las mismas palabras. A eso le llamaba el arte de la propaganda. No era capaz de otra cosa: sus ideas como su lenguaje, machaconamente repetidos, eran los de una mentalidad primaria. Quizás esto mismo explica su éxito. Los pueblos primitivos, y el alemán lo es a pesar de su postiza Kultura, necesita jefes también primitivos. Como no me interesaba la envidia linguística que en aquel momento sentía por Meissner —siempre envidiando algo o alguien; esto, la envidia, ha sido la causa última de la tragedia que Hitler y la mayoría de los alemanes han desencadenado por dos veces sobre el mundo—, aproveché una pausa en su insustancial perorata y nos despedimos con otro formulario apretón de manos. Muchas manos viles habré estrechado en mi vida; pero sólo cuando recuerdo la ocasión en que toqué las de Hitler, pienso en todos los perfumes de Arabia que pedía la demente Lady Macbeth para las suyas.

¿Ha muerto Hitler? Millones de alemanes no lo creerán ahora y en tiempos venideros. Si se encuentra su cadáver, dirán que es el de uno de los varios dobles que, según voz pública, usaba para suplantarse en ciertas circunstancias. Si no se le halla muerto o vivo, su desaparición misteriosa servirá de pábulo a otra leyenda como la del emperador Federico I, a quien los italianos llamaban Barbarroja, por el color de la suya. Esta leyenda es la siguiente:

Como se sabe, Barbarroja, jefe de la tercera cruzada, murió en 1190 en Asia Menor, al querer vadear con su caballo el río Calicadnos. Los alemanes le adoraban por su relativa ilustración —rivalizaba con los trovadores en componer versos provenzales— por su brutal energía con la díscola nobleza teutónica, y sobre todo, por su larga lucha con el Papado, que para la gente tudesca de aquel tiempo era la "bête noire", como hoy lo es el bolchevismo: en el fondo, sólo rivalidades por la quimera del imperio universal. Bajo su reinado, el Santo Imperio Romano alemán fué uno de los más extensos y florecientes, y en las épocas de decadencia y abatimiento los alemanes piensan siempre en Federico Barbarroja como el símbolo del hombre de Estado eficaz y perfecto.

De esta nostalgia por el emperador ahogado fué naciendo la leyenda de que no había muerto, sino que se había retirado con su corte a una cueva en las montañas próximas a Salzburgo. Es una leyenda análoga a la del sebastianismo portugués, según la cual el rey Don Sebastián, muerto en 1578 en Alcazarquivir, volverá un día para engrandecer de nuevo a Portugal. La leyenda alemana confunde a veces a Federico I con Federico II, otro emperador muy admirado también del pueblo teutónico; pero en realidad es la misma y ninguna otra ha servido tantas veces de tema pictórico, escultórico y poético. Del poeta Rueckert hay una popularísima balada que empieza así: "Der alte Barbarossa, der Kaiser Friederich". En los cuentos de Grimm hay varios alusivos a esa leyenda. Generalmente se trata de un niño pastor a quien un anciano con una inmensa barba le sale al encuentro y con palabras seductoras le conduce a una caverna al pie de Untersberg. Otras veces la montaña es el Kyffhäuser, en Turingia. Al volver el pastorcito al cabo de unos días, cuenta lo que ha visto. Allí, en lo profundo de la cueva, está el emperador Barbarroja (habitualmente la leyenda lo describe dormido), rodeado de sus caballeros, esperando el día en que los cuervos dejen de revolotear en torno de la cumbre del monte y el peral cese de florecer en el valle. Aquéllas serán las señales para que el emperador y sus cortesanos multicentenarios salgan de su retiro y restauren el poderío de Alemania y la paz germánica en el mundo.

De este infantilismo poético, a que los alemanes son tan aficionados, lo más interesante para mi objeto es la situación del Untersberg. De ese monte arranca un camino que va a la cañada y el lago de Berchtesgaden, donde estaba la famosa residencia de Hitler. No sé si desde la casa que construyó allí Hitler se ve la boca de la cueva del Untersberg donde reposa el emperador Barbarroja; es probable que sí. Sus biógrafos, que yo sepa, no han señalado la curiosa coincidencia de posición entre el que fué retiro de Hitler y el lugar donde duerme el monarca cuyo retorno esperan siempre los alemanes.

¿Fué una coincidencia casual o eligió Hitler deliberadamente ese sitio como refugio para soñar en la vieja leyenda y al propio tiempo realizarla? ¿No se creería él tal vez una reencarnación de Federico? Dada su puericia mental, no me extrañaría que fuera así. El arquitecto fracasado se imaginaba quizás ser el monarca redivivo destinado a edificar otra vez el gran imperio germánico frente al nuevo Papado rival, ahora con sede en Moscú. Y al morir o desaparecer, la leyenda continuará y dentro de dos o tres siglos los alemanes acaso confundan a Hitler con Federico I y II. A menos que la derrota total, y desde hace siglos, sin precedentes de Alemania y el "vae victis"! de los vencedores despierten al fin a los alemanes de sus eternos ensueños poéticos y metafísicos y les induzcan a enterrar definitivamente en su imaginación y en su historia a todos sus Hohenstaufen y sus Hohenzollern y a su último retoño en Hitler, y a querer vivir humilde y pacíficamente con los demás pueblos de Europa. Así sea.

LUIS ARAQUISTAIN

LAS NUEVAS GENERACIONES EN LA PAZ

Multánime clamor por la paz del mundo. América expresó su júbilo con su voz estentórea de continente joven, pues aunque sangró fuerte con los Estados Unidos, quedó casi físicamente inmune en la carne de sus hijos, aunque no en espíritu. En cambio, la milenaria Europa, con el subconsciente de su millar de guerras, no logró borrar con la paz el rictus amargo que le dejó este saldo más trágico que nunca.

Hoy Europa tiembla ante su propio desastre, que aniquiló casi toda su civilización. Hambre, ruinas, miseria, incertidumbre, odios, y sobre tal base incierta debe reconstruirlo todo.

¿Qué hacer? ¿Cómo recomenzar? Mejor sería decir: ¿Qué no se debe hacer? ¿Qué es lo que no se debe reconstruir? Porque para reconstruir una paz estable, una paz social, habrá que echar los cimientos de un mundo mejor, de una nueva Europa.

Un puente, temerario de tan frágil, separó las orillas de ambas guerras mundiales. ¡Cuánta sangre que debía verterse a raudales tras dos décadas, corrió en vano debajo ese puente! De la primer guerra mundial resultó una previsible proyección malsana, de incalculable desastre mutuo: el nacionalismo de corte regresivo, egoísta, autárquico, que con ambiciones espaciales e imperialistas tomó cuerpo de raíces profundas, creciendo desmesuradamente en los veinte años de trágico intervalo.

Si el siglo anterior fué piedra angular del nacionalismo, y con su auge se asentaron las nacionalidades, sus guerras promovidas tuvieron ese lógico fin, y sin escatimar los medios. Ya desde 1870, Europa terminó estando sobre una barrica de pólvora. Hasta 1914 explotaron polvorines, preludio del gran estallido. La tregua de Versailles incubó la Liga de las Naciones, con ligadura y sin ligazón, que más que una impasse fué un engaño intramuros y a sabiendas. La atmósfera europea continuó caldeada, con un fondo sombrío de amenazas. Como vivo contraste, de nada valió que ese siglo XIX fuera al mismo tiempo, por influjo de ideas universalistas, "la primera actitud antimilitarista" de la historiografía —según el filósofo Crocce— "pues en él surgió una ola de cólera contra los libros saturados con relatos bélicos y negociaciones para preparar las guerras o ponerles fin". No se pudo evitar que el capitalismo internacional —que en cada país propaga el nacionalismo, aunque para sus intentos se burla de las patrias y trafica con ellas— estuviese muy alerta, sin reconocer sus culpas, ya desde 1870; fué sobre todo en 1914-18 cuando se defendió con uñas y garras contra los pueblos insurgentes que lo acusaban de criminal máximo. Prefirió, porque era su inflexible sinrazón, echar leña en la hoguera de una nueva atroz matanza, evitando su propio suicidio antes que dar razón a los pueblos.

Consolidó entonces el Estado absolutista, totalidad autoritaria, con el régimen del fascismo, reducto culminante, aunque no su último reducto cómo se piensa con exagerado y doloroso optimismo. Todavía le queda el neo-totalitarismo, que será más difícil de vencer porque está infiltrado entre los falseadores de la democracia.

El fascismo fué una pústula que se abrió cuatro años después de Versailles, pero que ya estaba latente en el cuerpo de Europa en 1918. Bien se afirma que la revolución que no supieron hacer los pueblos la utilizó el capitalismo; porque el fascismo no fué del todo imposición; en parte lo impusieron. ¿Quiénes? Hombres maduros agotados por la guerra, en desequilibrio individual en medio del desequilibrio colectivo, entre una masa de perdidos horizontes. Y lo peor de todo, se incorporó a sus filas, huérfana de apoyo, una nueva generación desencantada, desorientada, sin consejo de la madurez en extraño desvío, juventud que creyó que la paz traería por sí misma soluciones revolucionarias. Craso error que hoy obliga a meditar. Si igual regocijo por la paz hubo en 1918 que ahora en 1945, los que eran entonces jóvenes no pudieron o no supieron evitar la segunda guerra mundial. Vivieron una calma ficticia, presagio de tormentas, y sin timón y sin brújula se dejaron conducir. La paz, blanca y mansa paloma, les resultó un cuervo que les desgarró las entrañas: triste destino de una generación.

Por eso, ante esta nueva alegría colectiva, se abre un interrogante sobre otra generación que surje. ¿Podrán engañarla? ¿Se engañará a sí misma? Este desborde frenético que ha repercutido por sobre las fronteras como una sola voz universal con variado acento, no debe ser solamente un alivio transitorio por la paz, llegado como cura mesiánica para todos los males por venir, sino un grito inicial de liberación. Detrás de esta nueva generación hay una profunda incertidumbre, angustia contenida en seis años largos. Es una juventud precozmente madurada, ni escéptica en extremo, ni optimista fácil. Es que se verifica en el proceso del mundo (no en el mundo de las ideas, sino en el de la vida que está más allá de las ideas formales) una nueva y fundamental revolución: la de la edad juvenil. Porque esta juventud está sola, demasiado sola frente a los problemas del mundo, sin confiar en los hombres maduros que están a su lado y que no supieron, durante este último cuarto de siglo, ser generación ejemplificadora.

La juventud de esta posguerra no cree que la paz actual sea solución por y en sí misma. Quiere darle un contenido vital. Rehuye lo negativo, la fosilización, y busca con pasión no exenta de juicio el apoyo de todo lo constructivo. Es cierto que los jóvenes se han imaginado siempre que ningún problema tuvo solución antes de que ellos vinieran al mundo. Pero aquí cabe repetir lo que H. G. Wells dijo en 1939, y que tiene igual valor hoy, ya que los seis años transcurridos resumen un cambio fundamental de época: línea de transicción. Al referirse a la revolución mecánica e intelectual que orienta el impulso de los jóvenes que tienen menos de veinticinco años, afirma que "vivimos en una época en que la juventud domina", y en cuanto a la pregunta que con vehemencia y sorna formulan a los adultos: ¿Qué piensan ustedes hacer por nosotros?, halla el gran sociólogo inglés que allí "reside la verdadera causa de todos los trastornos de los tiempos presentes". La juventud "quiere estar a sus anchas, exige el derecho a las expresiones personales y a la expresión sin límites. Nuestro mundo era antaño un mundo de jóvenes sin finalidad precisa en la vida, mientras que la juventud actual quiere determinar su lugar al sol y saber exactamente adonde va y lo que hará en esta tierra".

Viene bien aquí la opinión de otro gran inglés, Bertrand Russell, que en su estudio sobre la mentalidad moderna, al referirse a las épocas pasadas (Renacimiento, romanticismo) determina que en ninguna fué el desprecio del pasado tan completo como ahora. Para él predomina un "criterio cronológico, por cuanto "los acontecimientos públicos influyen sobre las vidas privadas más que en el pasado". No hay tiempo para la concentración mental, propia de sabios y filósofos, no se halla soledad individual en esta "época precipitada", y para

Russell "hace falta, para ir contra la corriente de los tiempos, una fuerza de convicción mucho mayor que la requerida en cualquier otro período, a partir del Renacimiento".

Hemos citado a estos autores, porque en el contraste pasional y objetivo que ambos evidencian, vibra la honda crisis de la juventud de pre-guerra, y que deberá resolverse en esta paz, que no será tan pacífica.

La nueva generación de esta posguerra está frente a una disyuntiva sumamente difícil. Ninguna otra juventud tuvo tanta responsabilidad histórica y social. El **peso muerto** de la guerra es un duro resabio. Al reaccionar contra él, no pueden olvidar los jóvenes la gran crisis de las izquierdas, crisis táctica y en muchos aspectos teórica, que entronizó a las derechas, más reaccionarias que nunca por temor de ser vencidas, hoy a su vez en vertiginosa caída vertical, pero desgraciadamente lejos de ser definitiva.

Esta nueva generación posee la gran virtud de retornar a las izquierdas, sin olvidar sus anteriores crisis, y mas aún, exigiéndoles superarlas. Tiene verdadero horror al fracaso, porque esta vez sería el suyo. Las ideas de izquierda, actoras y creadoras de ese pasado en crisis, y del que ninguna se salvó, deben plantearse como autocrítica saludable que puede justificar su razón de ser, no ya como teorías sino como movimientos, esta verdad impostergable: los actuales contingentes juveniles, con pasión de lucha por razón biológica, y con juicio precozmente desarrollado por los intensos acontecimientos que adelantaron su pre-madurez, no deben encontrar en las izquierdas los motivos o posibilidades de errores que en conjunto hicieron desembocar a los pueblos en la guerra al no saber evitarlos o preverlos. Las ideas socialistas en general no deben echar en saco roto que los jóvenes comprenden profundamente las grandes crisis económicas y políticas que sobrevinieron en la gran tregua 1918-1939, que han analizado las intrigas diplomáticas no encubiertas por la Liga ginebrina, y, lo más grave, que no pueden olvidar la impotencia popular para destruir en su fuente de origen, o por lo menos en su desarrollo, el fascismo. Hoy miran con justificado recelo, tanto hacia las conferencias internacionales recientes que manejan los mapas políticos y la economía mundial, como hacia las ideas socialistas en conjunto a modo de interrogante angustioso. Los jóvenes quieren soluciones efectivas, realizaciones sociales que no sean promesas postergadas, para que de aquí dos o tres decenios, o tal vez antes, no sobrevenga otra guerra que permita al voraz capitalismo en acecho y no vencido, reponerse de sus fuerzas, renaciendo bajo otras nuevas formas de totalitarismo. No hay que olvidar que el capitalismo se está apropiando para sus fines de la técnica del socialismo, y de innúmeras soluciones suyas, es decir socialismo de Estado.

Como simple expresión abstracta, limitado a lo intimamente personal, la libertad no subyuga a la juventud. No hay que olvidar que hoy es pasional y al mismo tiempo objetiva. No es nuestra intención analizar aquí a fondo si tiene o no razón. Constatamos una realidad, que no podemos ni debemos dejar a un lado. La juventud de hoy va hacia lo social y hacia lo constructivo. Ama la libertad, pero si no logra que lo social y lo constructivo se identifiquen con ella, el totalitarismo que sigue en latencia en el mundo seguirá introduciéndose en el socialismo, y la juventud se volcará en sus filas, por esa gravitación cronológica que precipita soluciones.

Estamos en un momento psicológico mundial en que hay que recuperar la confianza de las nuevas generaciones. Para ello debemos limpiar a las ideas renovadoras de toda mácula totalitaria de nuevo o viejo cuño. La guerra ha dejado una sugestión de fuerza violenta, de poder cerrado y absolutista, traba moral de grave peligro, que, aparte de los neo-totalitarismos parciales inoculados en muchas democracias, halla su expresión máxima en un totalitarismo de Estado, que explota la mística peligrosa de una fementida "patria proletaria".

Para librar de tal mística, secuela desastrosa de la guerra, hay que dar a las juventudes de hoy la seguridad objetiva de una constructividad en el plano económico de cada país, con contenido realizador socialista, con las mayores posibilidades de libertad. A modo de planteamiento, decimos que eso debe cumplirse en el terreno teórico internacional, con una planificación política y económica adecuada a las realidades inmediatas de cada país. Esta solución global, dará la tónica efectiva y transformadora que busca a todo trance la generación actual. Alejarla hacia los desvíos autoritarios por incomprensión de la hora que vive el mundo, sería un suicidio deplorable para la verdadera paz, que debe ser eminentemente constructiva.

HORAÇIO E. ROQUÉ

ESTADO Y LIBERTAD

Vivimos una época de acelerada evolución histórica institucional. En el siglo XIX, sociólogos y polícos, filósofos y hombres prácticos se dieron a pensar en un Estado estable, moderado, equilibrado, democrático, compatible con el progreso, vida y economía libre; pero los acontecimientos han demostrado otra cosa. En primer término el Estado es una institución viva. Desde el punto de vista de las culturas, nace, se desarrolla, crece; de lo que no teníamos experiencias era de su muerte, aunque en la historia antigua habíamos asistido a varios ocasos: el Estado Imperial Romano y la ciudad Estado griega.

Hasta fines de la pasada centuria el Estado parece una institución normal que permite toda clase de negocios a los capitalistas que auspician la existencia de muchos pobres y pocos ricos, y que dejan expresarse al hombre de cuando en cuando al amparo de las constituciones.

El avance de la técnica moderna repercute sobre su vitalidad y se agiganta en sus funciones, poniéndose frente a la misma sociedad que le había engendrado.

El fenómeno no pasó desapercibido a Herbert Spencer que con un fuerte libro: *El individuo contra el Estado* llamó poderosamente la atención. Asimismo Stirner, el filósofo del individualismo, protesta en nombre de la vida, y una escuela sociológica libertaria lo pone en oposición a la conciencia humana, afirmando rotundamente que era incompatible con la libertad.

Al empezar la guerra, la teoría de que la única forma de organizar la vida social es el Estado se impuso definitivamente, y en la estimativa de los valores el Estado se levanta como el Bien, unificando en sí todos los poderes que antes del Renacimiento y en el mismo permanecieron dispersos, proyectándose más allá de una institución histórica conocida. Se retorna, o mejor dicho se resucita, en el orden filosófico a Hegel y se concentran en el Estado todas las formas del poder del Bien del Hombre y hasta del amor y la vida.

La civilización creó un monstruo, el cual nos devoraría. No había necesidad de ser técnico en política para vislumbrar los aspectos de fenómeno semejante. Filósofos e historiadores en la misma Germania (donde el fenómeno marcaba más nítidamente su contorno) denunciaban el hecho. El Estado —decía Rudolf Euken (1)—, aparece como un ser siniestro, una máquina enorme, un conjunto inanimado del cual la cultura interior y la individualidad nada bueno pueden obtener. Todo progreso esencial en la pura humanidad no viene del Estado y de su organización, sino de las grandes personalidades creadoras. En este sentido busca **W. v.** Humboldt "los límites de la acción del Estado"; Fichte designa en uno de sus primeros escritos como fin del gobierno "el hacer inútil el gobierno"; F. Schlegel predica: "No poner la fe y el amor en la política"; y Jacobo Burckhardt, al ubicar el Estado en la evolución de la Historia Universal, decía: "Por estos derroteros el Estado fué habituándose a una política exterior basada en la violencia, a la existencia de grandes ejércitos permanentes y de otros costosos medios coactivos de diversas clases, en una palabra, una vida aparte completamente desligada de su verdadera misión superior. El Estado se convirtió en un puro apetito y disfrute del poder, en un "pseudo organismo" con existencia propia" (2).

"Cuando ya no es posible —dice F. Nietzche— sostener la existencia de un Estado, tanto que los grandes individuos ya no pueden vivir en él, entonces se forma el terrible Estado de emergencia y robo en el cual los individuos más fuertes se colocan en lugar de los mejores. No es una obligación del Estado que en él puedan vivir el máximo de personas con comodidad y moral. No importa la cantidad sino que en él se pueda vivir, de todos modos bien y con moral, dando así la base para una cultura. En pocas palabras, la meta del Estado es una humanidad más noble, su fin está fuera de él porque el Estado no es más que un medio".

Hemos citado a tres pensadores alemanes pues es de allí de donde parte la idea de que el Estado es un fin en sí mismo y al final el "supremo fin."

Esto es cuanto no quería creer la nueva generación absorbida por sus negocios. Las dictaduras vienen a demostrarlo, y, antes que la dictadura, la guerra, pues las dictaduras contemporáneas fascistas y nazistas y democráticas fueron en ciertos aspectos hijas de la guerra, ya que ésta es el supremo endiosamiento del Estado. Es la sociedad al servicio de la vida del Estado, y se puede pensar que el Estado dictatorial es el Estado en guerra permanente (guerra interna).

Lo que ignoraba nuestra generación era una realidad histórica que se le ha presentado y a la cual no quieren los antiguos filósofos y políticos hacerle frente. Es el agigantamiento del Estado que absorbe la Nación, la Sociedad y el hombre.

En todos los Estados modernos la etapa de evolución no es idéntica, como no son idénticos la mentalidad política o el desarrollo político. Todas las naciones en Occidente u Oriente han adaptado las formas estatales y llegarán a momentos históricos más o menos semejantes, de dictadura, destrucción y pérdida de libertades ciudadanas. Si algunos aspectos de la libertad fueron posibles en la etapa inicial del Estado moderno, como fueron posibles en el Estado antiguo, en la actualidad no tienen ni porvenir ni vida. La libertad societariamente es la negación del Estado. Mientras más Estado haya, menos libertad existirá. El Estado no puede dar libertad, ni como función ni como expresión de sentido. Y esto se comprende fácilmente puesto que el Estado absorbe o incorpora a su naturaleza todas las formas sociales, y al hombre en todas sus relaciones e interelaciones de grupo o comunidades.

Lo mismo en el orden interno que en el externo, la libertad es imposible. Ya el fenómeno fué visto por algunos pensadores cuando se sintió el peso de la copiosa legislación universal. En el Estado dictatorial o totalitario absoluto no existe ninguna libertad. El individuo, los hombres, la colectividad, se han entregado a la absorción parasitaria del Estado.

La idea de que el hombre deje de ser un medio dentro del Estado actual es la más fantástica aventura mental. No es posible. Por cuanto toda la estructura societaria actual está basada en lo contrario. No es la economía la que le dará la libertad al hombre. Si el Estado se apodera de toda la economía y estatiza todo o los capítulos principales del convivir gregario el individuo no será más libre; por el contrario, será un nuevo esclavo de una nueva esclavitud. No se podrá nunca llegar a una sociedad de libertad por el camino de una sociedad de estatización progresiva.

La libertad se nos presenta pues al final de la evolución estatal en la post guerra como un serio problema político, el más grande problema político de nuestro tiempo, el que determina el valor de la existencia del hombre.

La economía está supeditada a la libertad, es un medio de liberación humana individual y colectiva. Hoy los progresos técnicos y la explotación de las fuerzas y riquezas naturales han creado las bases de la economía de la abundancia. Nunca la humanidad pudo ser más rica que al presente y nunca fué más esclavizada. Las enormes riquezas despilfarradas en las dos guerras, que históricamente son una sola, hubieran bastado para solucionar el problema económico de 2,200,000,000 de seres, que es la población total del mundo, pero los Estados las destinaron a la destrucción. Y si seguimos teniendo posibilidades infinitas de ser ricos y más ricos por las máquinas y demás descubrimientos, llegaremos a la paradoja de ser más pobres; de que enormes masas humanas sean más pobres por la existencia de los Estados, que están destinados a consumir y destruir inmensas riquezas, y que separan la producción del productor, y el productor de la vida, interponiéndose en la constitución de comunidades humanas libres, verdaderamente.

Esta incompatibilidad entre extructuración de la libertad y anatomía del Estado Moderno recién ha empezado a percibirse para todo el mundo en el término de las dos grandes guerras, pero todavía tendremos que vivir, por la misma naturaleza histórica de nuestro medio, la época en que antiguos ilusos pretendan de nuevo equilibrar la Libertad y el Estado preparando así las bases de las nuevas dictaduras.

(1) *La visión de la vida en los grandes pensadores*, p. 437.

(2) *Reflexiones sobre la Historia universal*, p. 109.

JUAN LAZARTE

Página maestra americana

LA DESOBEDIENCIA CIVIL

De todo corazón acepto la divisa: "El mejor gobierno es el que gobierna menos"; y desearía verla puesta en práctica más rápida y sistemáticamente. Aplicada, conduce finalmente a esta otra, en la que también creo: "Mejor gobierno es el que no gobierna en modo alguno"; y cuando los hombres estén preparados para éllo, ese será el género de gobierno que adoptarán.

El gobierno no es a lo sumo más que un medio expeditivo; pero por lo común, la mayoría de los gobiernos, y a veces todos los gobiernos resultan embarazosos. Los argumentos invocados contra un ejército permanente —y son numerosos y graves, y merecen destacarse—, pueden también ser invocados contra un gobierno permanente. El ejército permanente no es más que un arma del gobierno permanente. También el gobierno, que no es sino el medio elegido por las gentes para poner en ejecución su voluntad, ofrece el peligro de ser empleado para un mal uso, falseado antes que las gentes puedan accionar por él.

...Para hablar en hombre práctico y en ciudadano, pido, no inmediatamente nada de gobierno, sino *de inmediato* un mejor gobierno. Que cada cual haga conocer la clase de gobierno que lograría su respeto, y ese sería un paso firme hacia su realización.

En suma, la razón práctica por la cual, una vez que el poder esté en manos del pueblo, le es permitido a una mayoría gobernar y mantener su gobierno durante un largo período, no es porque ella tenga la razón más verdadera, ni porque así le parezca lo más justo a la minoría, sino porque es físicamente la más fuerte. Pero un gobierno en el que la mayoría domine no puede estar basado en todos los casos sobre la justicia, tal como la entienden los hombres. ¿No puede existir acaso un gobierno en que no sean las mayorías las que decidan virtualmente lo que es bien y lo que es mal, sino la conciencia? ¿donde las mayorías sólo decidan sobre las cuestiones a las cuales es aplicable la regla de la oportunidad? ¿Debe el ciudadano, así fuera por un momento o en el más débil grado, entregar su conciencia en manos del legislador? ¿Para qué todo hombre posee entonces una conciencia? Estimo que debemos primero ser hombres, e individuos después. No es tanto por la ley como por el derecho que es deseable desarrollar el respeto. La única obligación que tengo el derecho de asumir es hacer en todo tiempo lo que estime justo. Se dice, y es bastante exacto, que una corporación carece de conciencia, pero una corporación de hombres conscientes es una corporación dotada de conciencia.

...¿Cuál es la actitud que a un hombre de hoy en día le conviene adoptar frente a este gobierno americano? Respondo que no puede, sin sentir vergüenza, asociarse a él. Yo no puedo ni por un momento reconocer como *mi* gobierno a esa organización política que es también gobierno negrero.

Todos los hombres reconocen el derecho de revolución, es decir, el *derecho de rehusar obediencia al gobierno*, y de resistirle cuando su tiranía o su incapacidad son grandes e intolerables. ...Si alguien viniera a decirme que era un mal gobierno porque gravaba con trabas aduaneras a ciertos productos extranjeros al entrar en puerto, es harto probable que no hiciera historias por esa causa, pues puedo privarme de esos artículos. Todas las máquinas sufren fricción, y puede que ésto sea un bien para equilibrar el mal. En todo caso, es un gran mal causar agitación por tal motivo. Pero cuando la fricción alcanza a todo su mecanismo, cuando la opresión y el robo están organizados, declaro que no debemos soportar esa máquina por más tiempo.

...La evolución de la monarquía absoluta a la monarquía restringida, de la monarquía restringida a la democracia, es una evolución hacia un respeto verdadero del individuo. Hasta los filósofos chinos poseían bastante sabiduría para considerar al individuo como base del imperio. Una democracia, tal como la conocemos nosotros, es el último progreso posible en materia de gobierno? No habrá jamás un Estado realmente libre y clarificado, mientras el Estado no llegue a reconocer al individuo como a una potencia superior de donde extraiga su poderío y su propia autoridad, y lo trate así en consecuencia.

Pláceme en fin, imaginar un Estado que pueda mostrarse justo hacia todos los hombres y tratar al individuo con respeto, como a un vecino; que llegue hasta no juzgar incompatible con su propia tranquilidad que algunos vivan a su margen, sin mezclarse ni estar sujetos a él, llenando todos los deberes de vecinos y de semejantes. Un Estado portador de tal especie de fruto, que permitiera que cayese tan pronto estuviese maduro, prepararía el camino a un Estado aún más perfecto, más espléndido, que también he imaginado pero que todavía no he visto en ninguna parte.

HENRY - DAVID THOREAU

Hace casi un siglo, Thoreau escribió su formidable libro *Desobediencia civil*, del que reproducimos un fragmento, por primera vez en castellano. Entre los precursores del pensamiento liberal en Estados Unidos lo ubica Rudolf Rocker, y dice de su libro que "es una de las piezas más densas de pensamiento que se hayan impreso sobre ese tema de la desobediencia, y la confesión de un hombre verdaderamente libre a quien la tradición no podía turbar el sentido viviente de la realidad". Lo escribió poco después de la guerra de Estados Unidos con Méjico (1846-48), tan impopular en su país, que él impugnó enérgicamente. Thoreau es hoy un escritor clásico en Estados Unidos, y su prédica orientó la bien llamada resistencia pasiva, siendo el autor preferido de Gandhi é inspirador de su no-obediencia. Sus obras comprenden 39 volúmenes. Nació en 1817 y murió en 1862.

EL MOMENTO UNIVERSITARIO

SUS PROYECCIONES

El ejemplo magnífico de la juventud ha obligado a profesores y rectores universitarios a definirse posibilitando la constitución de un movimiento popular de opinión que pugna por lograr el retorno a la normalidad institucional.

Este despertar alentador no se circunscribe por cierto a lo circunstancial. Va más allá: responde a una necesidad más honda, como es la defensa de los derechos estudiantiles burdamente avasallados por los que en mala hora se posesionaron de las Universidades argentinas contra la inmensa mayoría de profesores y estudiantes, para el logro de sus bastardos intereses.

Pero si entonces no pudieron matar la Reforma Universitaria, menos podrán ahora que los profesores y estudiantes dignos han vuelto por sus fueros, reconquistando la Universidad, volcando su clamor en las calles y en las aulas.

Hoy estamos de pie, y firmes. Pero es menester seguir alerta contra las posibles desviaciones. Y los estudiantes ya estamos aleccionados contra toda demagogia, venga de donde venga.

Vemos que mientras el gobierno militarista, ahogado en su propia incapacidad, cae, aparecen en la escena los conocidos personajes del negociado y del fraude temerosos de perder la oportunidad de recuperar sus viejas posiciones. Vuelven proclamando solemnemente su amor a la libertad y erigiéndose en legítimos defensores de la democracia. Parecen haber olvidado que hasta el 3 de junio expoliaron al país, avasallando impunemente la libertad y negociando con los dineros del pueblo desde la función pública a la que habían llegado por el fraude y el soborno.

La demagogia de la dictadura ha afirmado que los estudiantes somos utilizados por los profesionales de la política y servimos los intereses mezquinos de la minoría oligárquica que tiene en sus manos el poder económico de la Nación. Esta burda calumnia se desmorona por sí sola si se hace un ligero examen de la trayectoria del movimiento reformista.

A través de veintisiete años de luchas los estudiantes reformistas siempre hemos marchado junto al pueblo, unidos en una sola aspiración de redención humana. Y no podía ser de otro modo porque la Reforma Universitaria es una faceta más de la lucha integral del hombre por la libertad y la justicia social.

La juventud ha salido a la calle, dispuesta a imponer sus reivindicaciones y a impedir que el pueblo sea otra vez engañado. Como universitarios no podemos permanecer ciegos y sordos al dolor nacional, porque entendemos que la Universidad no debe ser una ínsula fría que permanezca indiferente ante los males sociales. La Universidad es del pueblo y debe servir al pueblo: este principio vertebra la doctrina reformista.

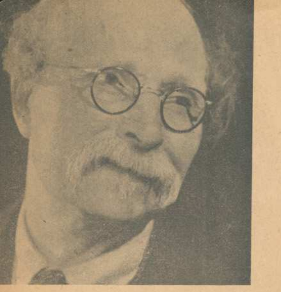
El país reclama una solución total de sus problemas. Es evidente la imperiosa necesidad de una profunda reforma social que equilibre la estructura económica-política de la Nación. Es preciso ahondar el dolor de nuestra tierra y comprender nuestra propia realidad. En eso estamos, la lucha contra la tiranía es la lucha por una verdadera democracia donde la libertad y la justicia social no sean sólo palabras sino hechos concretos.

Ni los salvadores providenciales, ni los falsos adalides de la democracia, podrán realizar esa necesaria superación social. Para que la libertad individual sea un hecho, es preciso lograr antes un tipo de organización política en el cual el hombre se valore más que el Estado, supeditando a éste y otorgándole las funciones mínimas de administración pública. Para que la justicia social resulte efectiva, deberán transformarse fundamentalmente las normas que hoy rigen nuestra vida económica: no solo con pequeñas dádivas y participaciones a los productores, y menos con decretos-leyes estatales de apariencia socialista, sino mediante la intervención directa de las fuerzas vitales del trabajo en la economía, y la regulación del capital privado.

Hace falta en el país la eclosión de las voces nuevas, la clara enunciación del sentir democrático integral de nuestra juventud. Nuestra lucha es a fondo; no combatimos solamente las formas actuales de un régimen de oprobio, sino también sus causas y sus derivaciones igualmente funestas.

No está lejano el día en que los universitarios levantemos tribuna para gritar nuestra verdad. Pero no aceptaremos nunca marchar del brazo de los fraudulentos y de los ladrones públicos. Ni permitiremos tampoco que utilicen nuestros movimientos para bastardeados fines electoralistas. Hemos iniciado la lucha y no nos dejaremos arrebatar el triunfo!

CARLOS TEJERO



STEPHAN ERZIA, *artista de América y del mundo*

La enorme mayoría del público aficionado a las artes (y hasta de los críticos y de los profesionales, nos atreveríamos a decir) que conoce la obra de este supremo artífice del mármol y de la madera, ignora que tiene en Buenos Aires un museo de valor inestimable.

Todos los sábados, Stephan Erzia abre generosamente las puertas de su taller, en Juramento 1434, y acoge con esa hospitalidad que ha dado fama a su pueblo, a cuanto visitante acude.

Aquél que llega, como peregrino, a esa casa vetusta, en busca de la emoción pura y honda que comunica el arte, váse colmado el ánimo de una inolvidable impresión.

Generalmente las exposiciones adolecen del defecto de presentar una visión fragmentaria de la producción de un artista, por más que cada obra sea unidad separada y valga por sí misma, mas aquí se halla reunido el tesoro acumulado durante una vida dedicada al culto de la belleza, y presenta al espectador el magnífico cuadro del conjunto de su labor, de modo que se puede seguir su trayectoria y evolución. Desde el mármol azulino arrancado de las entrañas pétreas de la Manchuria hasta el quebracho nudoso de las selvas americanas, florecen en ese museo las esculturas con que el taumaturgo de la forma revela al mundo el mensaje de que es portador.

Quien a aquella casa concurre queda prisionero de ella, pues entra en contacto con un mundo de sortilegios. Imágenes de poderosa vida, dotadas de una fuerza que parece arrancada al seno mismo de la naturaleza, pueblan las salas colmadas de piezas expuestas. La sala principal asombra por la categoría y el número de las obras que se ofrecen al público, para regalo y deleite de su espíritu. Sólo un maestro de la estatuaria puede permitirse mostrar un "Moisés" ciclópeo, tallado en el algarrobo, junto con un "Tolstoy" y una "Medusa" de potencia y profundidad alucinante. Aquel "Moisés" se graba en el que lo contempla como la imagen más original y lograda del legislador que diera a su pueblo leyes que han resistido el embate de los siglos; el "Tolstoy" es el trasunto del alma torturada del filósofo de Yásnaia Poliána que se perdiera en los problemas del origen y del destino humano; y la "Medusa" se yergue enigmática y altiva, con el sello de la estirpe helénica, de aquel osado grupo de hombres que casi se codearon con los dioses.

Allí se exponen también figuras menores por sus dimensiones, pero que no van a la zaga por el contenido y la belleza de la ejecución. La ternura, la expresión íntima que parece fluir de los rostros vueltos sobre sí mismos alterna con la firmeza y el punzante dolor que se marca en otros. No hay sentimiento humano que no se manifieste en ellos, como si el autor hubiera penetrado en todo lo que el alma tiene de vivo o inquietante. Los problemas del espíritu y del ser han hallado en Erzia un comprensivo eco y una simpatía que sólo pueden sentir aquellos que se saben unidos a la Naturaleza y al hombre de modo estrecho e indisoluble.

Necesario es detenerse ante cada figura, ante cada imagen para aquilatarlas en todo lo que sugieren y valen, y, así, recorriendo las salas de la enorme casa, se suceden los asombros, las impresiones y las emociones.

El ambiente se funde con el contenido y sobre ellos planea la personalidad inconfundible del autor.

Muchos años hace que Buenos Aires se ha familiarizado con su figura, tan fuera de lo común, y su cabeza apostólica, que es ella misma una escultura y que a menudo ha grabado en la piedra o la madera. Llegó precedido de la fama y de la leyenda, porque en torno a su vida, como en la de los iniciados, se tejen la realidad y la fantasía, y al poco tiempo alcanzó la cima más elevada a que pueda aspirar el artista de mayores ambiciones.



Un "Cristo" que produjo sensación en París

Se le brindaron honores de maestro, se le rindieron homenajes que sólo se rinden a los que ya conquistaron la inmortalidad, y ganó una sólida popularidad, mezcla de respeto y de admiración.

Sin embargo, Erzia continuó siendo un hombre de la tierra; ignoró prejuicios y se sobrepuso a las ligaduras que imponen al hombre la vida de ciudad y el papel de ídolo. Vivió siempre a su modo, sin hacer concesiones a las corrientes comunes ni plegarse a los usos. Porque su personalidad es sobre todo singular, extremadamente marcada en sus rasgos físicos y espirituales, y se difunde alrededor suyo, reflejándose sobre todas las cosas y seres que lo rodean.

Su paso por las ciudades más grandes, y su contacto con todo lo que en ellas hay de más destacado, poco o nada han influído en él, pues su carácter, marcado muchísimo antes de entrar en el mundo, continuó siendo el carácter del muchacho campesino que se crió al abrigo de las selvas y cuyas manos empuñaron el arado.

La academia sólo alcanzó a darle esa perfección técnica absoluta que posee, pero de ningún modo llegó a deformar su personalidad, definida y lograda ya; igualmente, el conocimiento de la cultura y de la moral reinantes en occidente chocaron con las concepciones primitivas y de pureza extraordinaria de su pueblo, pero no las borraron ni las modificaron.

Mucho podría decirse de los mordvinos, raza llamada a dar nacimiento al genio; de su origen remoto, de sus costumbres patriarcales, del nomadismo ancestral que los llevaba desde los confines de Finlandia hasta los límites borrosos de Asia, pero, sobre todo habría que hablar de sus costumbres y sus leyes morales para comprender la gestación de la conciencia de Erzia.

Igual que todos los pueblos que mantenían contacto directo con la tierra, imperaba entre los mordvinos una serie de reglas normativas, impuestas y obedecidas tácitamente y de raigambre robusta y profunda.

Claro está que había un sedimento de origen totémico en el fondo de esa moral, y que sus formas y enunciados eran sobre todo concretos; su mundo era el de los elementos, y su ámbito cultural el desarrollado por el nomadismo y sus principales ocupaciones agrícolas.

Por eso, en primer lugar se derivaban de su concepción animista el respeto a todo lo viviente, y era principio por todos acatado el no herir ni privar de vida a ningún ser útil.

Erzia conserva indeleble en el fondo de su espíritu la huella de aquellas ingenuas y bellísimas normas, y refiere a menudo que, en sus tiempos, nadie se hubiera atrevido a profanar un bosque ni a lastimar un árbol cortando ramas verdes, "vivas".

Luego estos principios se extendían a la sociedad humana con la misma rigidez y pureza, pues no se toleraban violaciones ni se recurría a hábiles argucias teológicas para disculparlas.

Embebido de esta moral, fortalecido por la lucha contra la esquiva y reacia naturaleza, que sólo entrega sus dones a quienes la aman de verdad y se empeñan en demostrarle devoción fatigosa, el futuro artista fué como el recipiente en el que se acumularon todas las virtudes de su raza y todo el vigor de los antepasados, que jamás se habían divorciado de la gleba.

Sin duda, puede explicarse naturamente su excepcional potencia creadora; sus congéneres fueron hábiles en el uso del instrumento de tallar, y sus "izbás" eran primorosamente labradas, lo mismo que sus muebles; el padre de Stephan, buen iluminista, ilustraba las sagradas escrituras; puede decirse, también, que el ambiente selvático ha conformado el espíritu de Erzia y lo ha hecho compenetrarse con el árbol y su esencia, y de allí su sensibilidad extrema para la madera, pero, no basta esto para explicar su potencia creadora, su dominio absoluto del material y de la técnica, que virtualmente no tiene secretos ni dificultades para él.



Indígena, quebracho

Pero, no interesa aquí tanto el artista cuanto el hombre, pues en este caso felicísimo existe una armonía y perfecta fusión entre ambos. Toda la vida de Erzia ha sido de consecuencia y fidelidad a los principios mamados en el seno de los mordvinos; absorbido por su única pasión, el arte, no olvidó que el hombre es, ante todo, hijo de la tierra, de origen humilde y oscuro, y que nada vale si no el acatamiento a sus leyes.

Enamorado de la soledad, que no tolera intromisiones, vive casi como los viejos anacoretas. Hay en él un desprecio absoluto por las convenciones y desconoce, a pesar de su sensibilidad infinita, las blanduras, los formulismos y la hipocresía. Poca atención presta a los requisitos de urbanidad, sin embargo, nadie más humano que él.

De su amor por los animales y las plantas podría escribirse páginas enteras. Bastará decir que lo hemos visto, con suma frecuencia, dar de comer a sus protegidos, olvidándose de sí mismo, y que, en su jardín y el terreno de su casa, nadie osa arrancar una hoja o una hierba que no esté seca.

Ningún problema humano lo deja indiferente, y sigue de cerca cuanto atañe a la suerte del hombre, y con aguda mirada escudriña su futuro.

Y este hombre simple, de ojos de niño, es motivo de orgullo para América, por haber realizado en ella quizá lo más grande y significativo de su obra genial. La Argentina tiene, pues, la legítima honra de contar entre sus más grandes artistas al venerable anciano y tiene a la vez un deber de gratitud hacia Erzia, que ha arrancado de las marañas de sus bosques las maderas en las que supo trasfundir sus visiones de belleza.

EN ESTA HORA Y AQUÍ

Todavía nuestros espíritus no han podido salir totalmente de la terrible pesadilla que hemos vivido durante tantos y tan largos años.

Todavía, y quien sabe por cuanto tiempo más, estamos y estaremos agobiados por el peso de todas las espantosas noticias que hora a hora y día a día nos habíamos acostumbrado a escuchar de las radiofusoras y a leer en los diarios y periódicos, noticias que nos fueron sumiendo en un estado de neurosis colectiva.

Todavía no podemos comprender que haya llegado ya la hora en que el pensamiento y la voz de los hombres suplantan al tronar de los cañones, al ataque solapado de los submarinos, al bramido de los cientos y miles de aviones que recorriendo grandes distancias iban a obscurecer los cielos de otros pueblos y a sembrar la desolación y la muerte, al silbido trágico de las bombas, cada vez más grandes y más terribles, surcando el espacio para llegar a tierra y explotar destruyéndolo todo: la vida de los seres, sin perdonar a ninguno, y la obra de los siglos que jalonaba el incesante progreso de la humanidad.

Todavía no podemos ni imaginar siquiera que los pueblos de Italia, de Alemania, de Japón y de tantas otras grandes y pequeñas naciones, estén ya libres de los tiranos que los esclavizaron totalitariamente pretendiendo convertir a todos y a cada uno de sus habitantes en piezas insensibles y autómatas de la máquina hipertrofiada del Estado. Que esos pueblos y el mundo estén ya libres de los bárbaros que quisieron convertir en religión universal el desprecio a la personalidad y a la vida del hombre, el culto a la obediencia ciega, a la fuerza y a la violencia, la persecución y el exterminio racial, y la más completa y asquerosa prostitución colectiva.

Todavía estamos maravillados de las estupendas proezas del pueblo ruso que hoy, como en la época napoleónica, supo levantarse como un solo hombre para hacer frente al invasor y defender con el sistema de la tierra arrasada y con todas sus fuerzas, con sus magníficos guerrilleros indomables y con sus mujeres estupendas, su suelo y su dignidad, y no sólo defenderse sino reconquistar palmo a palmo lo que les habían tomado casi de sorpresa y aniquilar una vez más un ejército que, como el otro, era el más grande y temible del mundo.

Todavía nos parece mentira que, durante varios años, los gobiernos que antes no podían resolver el problema, eliminaron totalmente la desocupación dando trabajo a todos los hombres y mujeres en las industrias de guerra y gastando sin discreción, para la matanza, las sumas de dinero más fabulosas que se pueda imaginar.

Todavía no podemos salir de nuestro asombro al pensar como ha sido posible la resistencia de tantos años y el resurgimiento a la libertad y el progreso de la China milenariamente esclavizada y que fué el primer paragolpes donde se estrellaron impotentes, a pesar de toda su brutal maquinaria, las fuerzas del mal.

Todavía no podemos entender cómo ha sido el milagro que ha hecho que el pueblo francés, ocupado casi casa por casa, controlado uno a uno todos sus habitantes, esquilmado por completo, perseguido, ultrajado y torturado hasta la muerte por los más crueles, ensañados y rencorosos de los enemigos borrachos de triunfo fácil, y traicionado por sus malos pastores, supo reencontrar su espíritu, fortalecerlo y elevarlo a lo más puro y noble de lo heroico hasta reconquistar la libertad.

Todavía nos preguntamos atónitos cómo ha sido posible que los pueblos de Estados Unidos y de Inglaterra, desparramados por todas las partes del mundo, hayan podido dar los mejores ejemplos de democracia, realizando magníficas elecciones, justamente cuando pasaban por los momentos más críticos. Nos parece mentira que el pueblo inglés, al que creíamos totalmente tradicionalista y conservador, a pesar de todo lo que significa para él la magnífica obra diplomática y guerrera de Churchill, lo haya podido reemplazar tranquilamente cuando comprendió que su obra había terminado y que eran necesarios otros valores totalmente distintos para realizar sus nuevas esperanzas.

Todavía estamos deslumbrados por lo que significó para precipitar la paz total, rompiendo en el momento menos pensado el más estrecho y brutal de los fanatismos colectivos, el producto de la inteligencia y de la sabiduría mancomunadas de los mejores hombres de todas partes, que hizo posible el dominio de la fuerza de los átomos desintegrados, que hasta hace poco se creía de absoluta incumbencia de Dios. Y lo que este descubrimiento puede significar para mejorar hasta lo inimaginable el porvenir de la humanidad.

Aquí, todavía nos parece mentira que, ante la casi absoluta pasividad de los argentinos, hayamos estado a un paso de caer en la misma degradación colectiva en que se debatieron impotentes todos los pueblos que tuvieron que aguantar el látigo del nazifascismo. Que entre nosotros existan aún admiradores de Rosas que luchan por hacernos volver a su época de barbarie. Que hayan aquí quienes, infectados por el gérmen del militarismo y de la fuerza autoritaria, desconozcan y denigren a todos los héroes civiles que crearon y consolidaron la nacionalidad. Que hayamos sufrido, poco menes que impasibles, la anulación por decreto de la ley de educación laica. Que no nos hayamos sublevado inmediatamente cuando la censura a la prensa nos mantenía totalmente ignorantes de lo que pasaba a nuestro alrededor y cuando esa ignorancia nos ponía a merced de todas las sorpresas y de todos los caprichos. Que hayamos tolerado que el sistema de delación universal se implantara tranquilamente creando la desconfianza y el terror de todos. Que todos los mejores ciudadanos pudieran desaparecer de la noche a la mañana, sin que se consiguiera saber a dónde los llevaban ni a qué torturas los sometían, y que se poblaran con ellos, durante meses y años, los campos de concentración creados a propósito, y todas las cárceles. Sería muy largo enumerar todos los episodios que fueron jalonando la pretensión de domesticarnos y arrebañarnos para poder implantar el nazismo en este país.

Parecía que había llegado la hora en que teníamos necesidad de que se levantaran de sus tumbas nuestros poetas para enrostrarnos nuestra cobardía y decirnos con Almafuerte, en "La sombra de la Patria":

. . . .

La voraz invasión de lo pequeño
No hiere como el rayo; pero amansa!

. . . .

La caída más honda es la caída
Que nos pone a merced de la canalla,
De lo ruin, de lo innoble, de lo fofo
Que flota sobre el mar como resaca,
Como fétido gas en el vacío,
Cual chusma vil, sobre la especie humana.

. . . .

Si al escuchar sus ayes angustiosos,
No sentís una fuerza prodigiosa
Que os impele a la lucha y a la venganza;
¡Arrancaos a puñados, de los rostros,
Las mal nacidas juveniles barbas,
Y dejad escoltar a vuestras novias
La Sombra de la Patria!

O con Joaquín Castellanos, en "El borracho":

. . . .

¡Cantáis brisas y flores, cuando al pueblo
Hay manos que sacrílegas lo oprimen!
¡Escarneced al criminal y al crimen,
O el cobarde laúd despedazad!

. . . .

¡Oh, patria, al ver que tu destino entregas
A estúpidos mandones, me parece
Que de cólera el Plata se estremece,
Y pienso en los delirios de mi fe,
Que hasta las piedras de las calles sienten
Ira y vergüenza de que pisen ellos
Donde en los días de tu gloria, bellos,
Próceres y héroes han sentado el pie!

. . . .

Has perdido el vigor; tus ciudadanos
Se han hecho más cobardes que mujeres
Y una turba ruin de mercaderes
Depositaria de tu suerte es hoy!
¡Comprendes el oprobio y lo soportas,
Envilecida estás, y estás contenta!
¡Te has puesto abajo de la misma afrenta
Impávida gozando en tu abyección!

. . . .

Pero, cuando ya las fuerzas del mal se creían dueñas de la situación, cuando ya parecía que habían logrado su intento de implantar el terror y roto con él todos los principios morales que hacen la verdadera virilidad del pueblo, y anulado el sentido de la libertad y el sentimiento cívico, cuando ya no se podían oír ni las voces de los poetas, un buen día nos llegó la noticia de la reconquista de París y con ella una vez más nos vino de Francia la lección de las grandes rebeldías: nuestro pueblo se conmovió hasta el delirio, sacudió su letargo y salió a la calle, y se manifestó como es, como ha sido siempre, y no hubieron decretos ni garrotes que contuvieran su entusiasmo, y se reencontró y se aprestó a la lucha, y empezaron a multiplicarse nuestros maquís, y ya tuvo conciencia plena de que su libertad era cuestión de más o menos poco tiempo, condicionado por su tesón.

Pero seguía la guerra y aquí los enemigos del pueblo y de la libertad, que siempre se confunden, a pesar de todo, todavía se sentían respaldados por sus congéneres tambaleantes y, aferrados a sus vanas ilusiones, continuaron tratando de desarrollar su programa.

Otro buen día nos llegó la noticia de la caída de Berlín y, mientras el mundo todo festejó delirante de alegría la decapitación de la hidra que sembró el terror, la desolación y la muerte, aquí tuvimos que sufrir en silencio la vergüenza de nuestro aplastamiento y de nuestra impotencia. Sin embargo y a pesar de todo, los maquís criollos continuaban su lucha subterránea.

Otro buen día nos llegó la noticia de la derrota del Japón y con ella el advenimiento de la paz, y con esas noticias que se propalaron estridentes por todos los ámbitos del país terminó la terrible y larga pesadilla que nos mantuvo demasiado pendientes de todos los grandes acontecimientos lejanos y nublando la visión de los próximos. Llegó la paz y ha repercutido profundamente en nosotros, como si ella hubiera sido la chispa que necesitábamos para encendernos; ya hemos cantado en entusiasmo colectivo todos los himnos que proclaman la victoria de la razón y de la libertad, y ya hemos chocado también, en forma trágica, con los resabios de la barbarie que, emboscados entre nosotros, aún no se convencieron de su derrota y bregan por subsistir, imponerse y seguir oprimiendo.

Nosotros, a pesar de nuestra neutralidad oficial, evidentemente no imparcial, y de nuestra posterior beligerancia incruenta, a pesar de nuestro temperamento y de nuestros tradiciones, hemos sufrido, también, todos los males de la época. Como todas las debilidades son humanas y como en algunos individuos no existen nada más que ellas, aquí no nos podían faltar los secuaces de los Hitler y Mussolini. Aquí también, capitaneados por esos secuaces, quisieron entronizarse las fuerzas del mal y, dueñas del poder por la fuerza, pretendieron reeditar todos los sistemas y formas primitivas de los bárbaros. Aquí también quisieron matar la libertad y acallar las conciencias. Aquí también pretendieron hacernos retrogradar a las épocas medioevales. Aquí también hubieron quienes quisieron hacer sistema social con la bandera de "¡Viva la muerte, muera la inteligencia!".

Pero aquí también, como en Francia, fué necesario que sufriéramos esta convulsión. Aquí también, como en Francia, habíamos llegado, hasta hace pocos días, a un verdadero estado de agonía de las fuerzas morales colectivas. Aquí también fué necesario que las circunstancias nos convirtieran en maquís para volver a tener plena conciencia de nuestra dignidad ciudadana y de nuestra fuerza popular. Este es el saldo favorable que tarde o temprano dejan siempre en los pueblos todas las pretensiones de opresión colectiva.

Hemos ganado ya lo primordial y esencial, que es el derecho a combatir de frente contra todo lo que consideremos enemigo de lo nuestro, a combatir para conquistar la libertad. Se ha unificado en un solo anhelo grande y digno toda la conciencia nacional. La bomba atómica de la dictadura ha desintegrado todo lo preexistente. Ahora todo el mundo se siente revolucionario y con ansias de hacer mucho para conquistar lo mejor. Ahora los rectores, decanos y profesores de todas las universidades, colegios y escuelas han tenido que seguir el ritmo del empuje juvenil y dejar de ser las frías autoridades sin autoridad moral que casi siempre no servían para otra cosa que para mantener una fría y estéril disciplina en sus institutos o en sus clases, y se han convertido en lo que debieron ser siempre: en verdaderos maestros, en camaradas, más capacitados y por eso más respetados, de sus alumnos. Ahora los obreros de todos los gremios, los que habían claudicado, se están desengañando y, arrepentidos por haberse dejado engañar con los cantos de sirenas de lo cómodo y de lo fácil, están volviendo por sus fueros y se disponen a reorganizar sus sindicatos libres y conscientes. Ahora sólo falta un poco más de unidad combativa y un empuje más para que reconquistemos la normalidad constitucional y volvamos a las prácticas democráticas. Pero, ¿debe ser ese nuestro triunfo supremo? ¿podemos sentirnos totalmente satisfechos con conquistar la vuelta a la normalidad? ¡No, mil veces no!

Ahora que hemos probado nuestras fuerzas, ahora que hemos luchado y hemos comprendido que cuando nos llega el agua al cuello sabemos triunfar para salir a flote, no debemos dormirnos sobre los laureles, no debemos conformarnos con lo inmediato; tenemos que armarnos de nuevos ideales, cada vez mejores, y, con la absoluta seguridad de todo lo que somos capaces, luchar incansablemente hasta conquistarlos.

Dr. MANUEL MARTIN FERNANDEZ

La Capataza

Fueron dificultades de orden personal las que guiaron mis huesos hacia aquellos descorazonantes paisajes de la Puna de Atacama.

Cuando la policía se inmiscuye en la vida privada de uno, uno debe, sabiamente, hurtarle el cuerpo; poner tierra de por medio. Si esta tierra está abonada de kilómetros, y al cabo de esos kilómetros realizados a lo linyera, en connivencia con guarda-trenes complacientes y fáciles a las difíciles monedas del vagabundo, existen mares de piedra y soledad, la seguridad es incuestionablemente mayor.

Ciertamente, uno no puede suponer, al comienzo de la aventura, que esa aventura ha de ser el punto inicial de una nueva e inesperada vida. Hay que huir y se huye. Lo que venga se dará por añadidura.

Desde pequeño me ha distinguido una reticente reserva hacia el prontuario. Veo a mi padrastro, en largas noches de vigilia, amañando "fichas de canje"; lo recuerdo falseando impresiones digitales (oh, el prejuicio de la infalibilidad del sistema Vucetich!) y falseando firmas y sellos en las cédulas de identidad.

Su consejo presidió mis tempranas actividades en su mismo campo de acción:

—Acordáte, hijo; cuando te hayan prontuariado ya no tendrás escapatoria. El prontuario, como las células de Carrell, crece en su propio cultivo. Si no se lo recorta, como al hongo tibetano, desbordará el recipiente... —...por éso, agregaba, creo hacer obra social podando los prontuarios muy frondosos. Yo soy, necesariamente, un benefactor incomprendido...

Padrastro era un humorista personalísimo.

Cuando su último chiste dió con él en Sierra Chica, quedé sin el apoyo de su firmísima experiencia. Muy pronto estuve en peligro. Un lote de libretas de enrolamiento falsificadas, pescado por la policía marítima en un bote repleto de inmigrantes subrepticios, dió el hilo. El contrabandista tuvo un incontenible acceso de locuacidad a la vista de la picana eléctrica y cantó de plano.

—...¡disparále al prontuario!; no dejés que te tomen las digitales.

El sabio consejo puso alas a mi acucio. Llegué a Campo Quijano en tiempo record.

Era la época dorada de Huaytiquina, cada uno de cuyos metros de vía parece empedrado de oro. Faltaba la mano de obra y los contratistas no paraban en minucias. El mismo empleado reclutador me extendió un certificado de buena conducta y fuí inscripto en los registros con mis "propios" documentos personales: una "papeleta" lograda al trueque de dos botellas de "Zinganí". Fiel a esa papeleta sigo siendo el ciudadano Andrés Morales (H. N.), natural de Saujil, Catamarca, nacido el 15 de abril de 1895.

Mi verdadera filiación solo Dios la recuerda.

En la primer balastera me flataron a punta de rieles: Abra Chorrillos, 4.200 metros de altitud, en un páramo de guanacos y collas, barrenos y borracheras y el "mal de la puna" enseñoreado sobre centenares de infelices, polacos y lituanos que jadeaban sobre los taludes y echaban sangre por narices y oídos.

Fuí sobrestante adscripto a una cuadrilla de desmonte. Actué a las órdenes de Juan González, el Chino González, analfabeto, bruto y capataz, todas tres cualidades en un magnífico corpachón de bestia sin desbravar.

Piedras y yermo. Yermo y piedras. Altos picos en la circular lejanía del horizonte. Muertos valles de greda. Gigantescos rodados al pié de ondulaciones de femeniles turgencias. A lo lejos, contra el sol y avizores, prestos al galope salvador, ariscas manadas de guanacos. Ambiente primitivo en estático contraste con máquinas e invasores.

Flemáticos y ladinos, en silenciosas ruedas o trepando lomadas en traslaciones enigmáticas, los collas parecen controlar el inexplicable trajín de los camiones y se asombran con el reflejo del sol en los bronces de los teodolitos.

Contraste. Contrastes. Nada armoniza con nada. Hostilidad de todo contra todos: del clima para lo foráneo y de los extraños para con éllos mismos. El alcohol, que inunda las noches de la cantina pone fulgores homicidas en los ojos. Se orilla el crimen, sin que en la prudencia final tenga influencia la convencional autoridad de los "milicos" ebrios y taciturnos.

No es, no, el temor, lo que contiene a esos hombres, disciplinados en el contacto de la muerte que llega, inesperada, con la explosión prematura de la mina o con el deslizamiento de diez toneladas de arena y piedra de una ladera. No; decididamente no. Lo que los ata y contiene es la visión del asueto mensual, con el traslado a Salta y la visita a las casas públicas.

Allí, enardecidos, borrachos de sexo y bebida, darán rienda a las pasiones. El dinero correrá como mercurio sobre plano inclinado y no faltará ciertamente, la rúbrica de una puñalada, definitiva como una mala palabra...

Lujuria de contrastes, lo único generoso de aquella mezquindad hecha páramo. El mayor de todos, élla, la capataza, flor de vida airada que remansó, quien sabe por qué aberración, en la protección hecha a látigo y golpes del Chino González.

Alta, grácil. La recta a plomo de su silueta denunciaba sin error, su ascendencia indígena. India, india de la llanura; india de los esteros, mestiza de quién sabe que padre cuyo aporte puso en su andar una languidez sensual y en su temperamento un fuego infernal y avieso.

—...mi marido me pegó una paliza, anoche...

Así se presentó aquella mañana en mi "oficina". El viento de la puna sacudía a grandes golpes la lona de la carpa, desplomando lajas de nieve.

—Mire, y alzaba sin recatos la deslucida pollera; tengo las piernas y las espaldas curtidas a talerazos...

Firme, duro, incitante, aquel muslo cobrizo me mostró un rosario de cardenales. Tenía encima quince días de abstinencia y ví turbio. Al pronto, desde el fondo del inconsciente subió un odio feroz, insensato, homicida. Luego la irreprimible angustia del deseo. Subitáneo, brutal, irreparable, acicateado por dos ojos extraños que tiraban, tiraban, hacia la sima...

—...y ya sabís, determinó, recomponiendo sus andrajos; tenís que matarlo al Chino...!

Lucido matador para aquella bestia, acostumbrada a dominar la versatilidad —aislada o conjunta— de los veinticinco hombres de su cuadrilla, pródigo dispensador de insultos, trepidantes a guisa de incentivo!

¡Hermoso vengador!, pensaba, observándome las manos y palpando con éllas el cuello, débil y fino, que el Chino quebrantaría como espina de cardón con la presión de dos dedos....

Sin embargo, el mismo miedo azuzó mi imaginación, ardida con el recuerdo de aquella mujer sucia y diabólicamente carnal. De salto en salto, mediante la concatenación de una serie de circunstancias felices y de ardides "ventajeros", llegué hasta la eliminación del rival. Sin contralor, acuciado por el pánico que subía paralelamente con el desvarío, olvidé el transcurso de las horas.

Para volverme a la superficie terrena, el Chino fué parco y terminante: —...y ya mismito te me estás renunceando, sabís; y te me tomás el balasto pa Quijano, ¿no?, antes que me agarre la juria y te ruempa toditos los güesos. ¿O es que querís disputarme el gallinero, ah?...

A horcajadas sobre el borde escasamente hospitalario de un "Hopper" mediado de carga, al hombro el hatillo del linyera y enfrente —rumbo oeste— el sol sumergiéndose entre picachos en llamas, oí la orden del guarda al maquinista;

—Vamo no má, socio...

Quedó a mis espaldas la avilantez de dos docenas de carcajadas. Y ya iniciado el descenso, la despedida final. El despecho, hecho grito, de la Capataza:

—¡Basura!; ¡Gallina!; ¡Flojo de porquería!...

Bs. Aires, setiembre 1945.

S. MOREAU





★ Hace unos meses ya, se ha constituído el Ateneo "Hombre de América", que integran amigos de nuestra Revista. Cuenta con una Biblioteca en formación activa, y con un local para actos, en el cual se han realizado varias conferencias, además del acto inaugural y fiestas íntimas de beneficio. Solicita la Comisión Administrativa la donación de libros, por nuestro intermedio, y el apoyo a su obra. Las tareas programadas son vastas e interesantes. Creemos que en este Ateneo que funciona en Piedras 756 pueden hallar medio favorable de actuación cultural los jóvenes simpatizantes que no actúen en otros medios.

★ **Basado en los principios cooperativos clásicos de Rochdale, funciona cerca de Quilmes una Colonia de Cooperarios, que hemos visitado. Su ejemplar organización, bién detallada en un opúsculo recibido con un mensaje fraternal, habla bien a las claras del espíritu comprensivo, impregnado de un sentido amplio de solidaridad, que anima a los cooperarios de esta Colonia. En tres años escasos se ha levantado una verdadera villa, situada en el camino a Mar del Plata, Av. Calchaquí, Kilómetro 21, que abarca 64.000 mts. cuadrados, con 15 edificios construídos, con una Sociedad Cooperativa de Tejidos, una Asociación Cultural, plantaciones, aguas corrientes propias, etc.**

★ Alberto Ghiraldo vuelve a la Argentina, después de treinta años de ausencia. Está ahora radicado en Chile, después de residir tres lustros en España. Vuelve a trabajar por sus ideas, a los 75 años de edad, con la misma voluntad y convicción. Una circular que anuncia la reaparición de la Revista "Ideas y Figuras" expresa: "Fué nuestro primer poeta, el primer lírico entre nuestros primeros doctrinarios". Aparte de la Revista a reaparecer, dirigió "El sol" y "Martín Fierro". Fué, además, con su "Alma gaucha", uno de los más firmes constructores del teatro argentino. Se prepara una gran recepción de homenaje a su llegada. Núcleos amigos, en grata coincidencia, más allá de sectores, se han unido para cooperar en la iniciativa de la Revista que Ghiraldo vendrá a dirigir en su país, tras un largo y voluntario exilio.

★ **El 29 de este mes se cumplen veinticinco años de la muerte del poeta chileno Domingo Gómez Rojas, víctima de los vejámenes brutales que sufrió en las cárceles de Santiago por oponerse entonces a la guerra con Perú. Murió presa de locura y tuberculosis, tras un monstruoso proceso del ministro Astorquiza, de negra historia en Chile. Inundaron su celda con chorros de agua, fué torturado a azotes, pero su voz de poeta encarcelado se alzó entre las multitudes estudiantiles, a cuyas filas pertenecía. Desde el banquillo de zapatero llegó a las aulas universitarias. Fué uno de los líderes de la reforma universitaria chilena. Este trozo vibrante y dolido de un poema suyo escrito en la cárcel, es una acusación contra los viles sicarios; fué dirigido a su madre y trasunta humanidad:**

. . . .

Todo es nostalgia, madre y en esta cárcel fría
mi amor de humanidad, prisionero, se expande
y piensa, y sueña, y canta, por el cercano día
de la gran libertad sobre la tierra grande.

★ Dijo Juan Montalvo, el gran ecuatoriano: "Mi vista se extiende por América: no contemplo solamente este pedazo de tierra que llamamos Ecuador; procuro abarcar con la mirada el Nuevo Mundo. Por todos respectos somos unos mismos los americanos: sangre, interés, historia, esperanzas, forman de nosotros una sola nación. La América del Sud es nuestra casa común; en élla vivimos y hemos de vivir; reparémosla y defendámosla".

★ En Amsterdam, a los 78 años, falleció a fines del año pasado (recién se sabe la noticia) el gran internacionalista austríaco, Dr. Max Nettlau, biógrafo fecundo y, preciso, cuyas obras vastamente conocidas en castellano tanto han influído en el movimiento proletario de Europa y América. Su biblioteca, una de las más completas del mundo en su materia, quizás se haya perdido para siempre, pues fué enemigo del nazismo que clavó su pie en Austria y después en toda Europa, y la barbarie hitlerista, junto a los cuerpos de quienes los combatían, asesinados, puso las cenizas de los libros inquisitorialmente quemados en la plaza pública.

Christian Cornelissen, gran economista holandés, autor de la fundamental obra en varios volúmenes sobre "La teoría del valor", con que refutara los errores marxistas; y de otros libros como "La evolución de la sociedad moderna", "Las nuevas generaciones", y numerosos libros y folletos sobre socialismo libertario, también acaba de morir, casi octogenario, en Francia, donde residió largos años, firme en sus opiniones.

★ **En una reciente entrevista periodística alguien citó esta frase de Alberdi: "Declarar la libertad no es constituirla. La libertad que no es un acto no es libertad: es una simple voz del diccionario de la lengua." Sin que nos entrevisten, nosotros agregamos ésto de Bolívar: "Un soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su patria. No es el árbitro de las leyes ni del gobierno: es el defensor de su libertad."**

SENTIDO DE LA COOPERACION

EGOISMO

La necesidad de subsistir hace egoísta al hombre de escasa visión y sentimientos bastardos. El miedo al futuro en el que teme sucumbir, si en el presente no agota los medios de seguridad personal, domina al egoísta. Ese temor que se ha entronizado en su ánimo, se ha convertido paulatinamente en el dictador de su existencia. No vive ya más que para su miedo. Pretende vencer a los demás pero no es capaz de vencer el mal que se halla en sí mismo. Lucha contra los otros hombres, por que cree ingenuamente que venciéndolos y destrozándolos moral o materialmente, él se salva. Pero quien lucha contra su especie, lucha contra sí mismo.

Ningún hombre es ajeno a la suerte de su especie. O la especie se salva venciendo al egoísmo o vence el egoísmo y sucumbe la especie.

Creer que podemos vencer contra los demás es una mezquina ilusión que empequeñece la propia existencia. Una vida que carece de vuelo es una vida reducida, por eso la vida del egoísta es por sí y sin que nadie la ataque, una vida destrozada por el daño que ella arrastra.

Los ejemplares de pseudo-triunfadores de la sociedad son innumerables. Se pasean por las calles del mundo ostentando los trofeos de sus victorias materiales consistentes en bienes externos, obtenidos sobre la miseria de sus semejantes.

Están orgullosos, mas la especie los rechaza.

COOPERACION

El sentido humano de la cooperación es el antiegoísmo. Quien es capaz de cooperar en el esfuerzo humano por hallar solución a los problemas creados artificialmente y aún a los naturales, tiene en alto su vida y respira el aire puro de la esperanza. Es el alma abierta hacia el mañana, es la paz de los espíritus, es el trabajo persistente y de meta cierta, es el hombre en realización segura, es la unidad de la especie sentida en medio del caos y el odio.

Cooperación, que se exteriorizó materialmente en almacenes colectivos como remedio económico a problemas comunes, tiene ya un significado popular mucho más amplio.

Una mano abierta que se tiende en el vacío ha de hallar una mano amiga que la busca. Una mano que se da, encontrará otra mano en idéntica posición generosa, y el encuentro de ambas manos en actitud de entrega determinará la sensación del apoyo y la solidaridad mutuas.

Hallarse en actitud de cooperar es encontrarse en condiciones de dar un salto que alcanzará dimensiones de vuelo, porque el impulso generoso ha hecho desaparecer el lastre que impedía la ascensión hacia las alturas en que mora la emoción desinteresada. Allí esperan quienes han realizado idéntica trayectoria. Allí están los pechos hermanos, las palabras claras, el pensamiento hermoso.

No está solo quien se entrega.

Todas las fuerzas que coinciden con su sentir se le agregan en la marcha ascendente. La generosidad no es una especulación mental, sino un sentimiento profundo de amor a la especie, en la que se halla incluído el propio ser que la siente. Querer a la especie es la forma superior de quererse a sí mismo. Vivir es soñar y sentir la esperanza renovada, es no reducir el esfuerzo por los posibles obstáculos, es querer a la humanidad a pesar de todo el mal que produce en su propio perjuicio.

¡Esa tierra hermosa de hombres que quieren a la verdad y al hombre! La tierra prometida, la paz que fué sueño de cada uno de los hombres que ambulan por el mundo, la paulatina realización humana, indestructible y permanente, son cosas alcanzables en lo íntimo de cada ser si cada ser comienza por destruir en sí el odio hacia sus hermanos.

Una clara comprensión del error ajeno y una segura marcha hacia el propio destino, son herramientas dignas del hombre para forjar cuanto de auténtico desea alcanzar.

CONCEPTO DE MASA

El movimiento de la cooperación libre es una revaloración de la masa. Los hombres unidos por la cooperación, no son masa maleable y dirigible por el primer aventurero que les prometa su felicidad. La masa sin personalidad, variable, no tiene más valor que el de su número o su volumen. La masa que forma la cooperación es masa que se integra libremente por el acercamiento de partes conscientes, que aspiran a alcanzar estados de organización en los que el propio bienestar está identificado con el bienestar de los demás.

Quien pretenda prevalecer en desmedro del conjunto no tiene cabida en la cooperación.

Cooperación es apoyo personal a una obra común. Es unidad con los demás, percibida en la intimidad de cada uno. Una masa de cooperadores no es un conjunto voluminoso que se lleva del cabestro. Es una masa que piensa y vibra, que lleva la alegría en su seno: una alegría de vivir con la propia dicha y la dicha de los otros.

Fe en el hombre, fe en la humanidad. Seguridad de alcanzar un destino venturoso confiando en las propias fuerzas del conjunto. La especie se salva por su propio esfuerzo, por su propia capacidad, por su sentido de pueblo eterno que no muere en una generación, sino que perdura a través del tiempo y habrá de alcanzar la excelsitud porque ha tenido en su propia entraña el sentido vital de la unidad.

UN EJEMPLO

Visitamos la Colonia de Cooperarios, de Quilmes. Es ya una lumbre magnífica en el camino hacia el ideal común. Armonioso conjunto de esperanzas en una marcha ascendente con el impulso de la cooperación. Las voluntades se suman sin esfuerzo. No es menester el reclamo. La presencia de esta hermosa villa, plena de realidades y repleta de esperanzas, es atrayente empresa que hace surgir de lo más profundo del visitante las esperanzas de ayer un poco escondidas por la lucha egoísta de cada día. Esas esperanzas se alzan para curiosear, se recrean en lo que ven y en lo que esperan, se vigorizan en el ensueño de los otros y se llevan cuanto hay de cierto en el presente y en el futuro de esta hermosa obra.



Propagar este proyecto es darle vuelo al propio sentir esperanzado, es sembrar a la distancia una dicha inmensa de vida en plenitud, es devolver al hombre su verdad perdida.

El aire libre y la magnitud de la empresa han recreado nuestros hermosos sueños de ayer, que se alzan en un renovado afán de fervorosa acción.

ENRIQUE AGILDA

COMENTARIOS BIBLIOGRAFICOS

SOCIALISMO LIBERAL

por CARLOS ROSELLI, Editorial "Americalee"

Vertido al castellano por Diego A. de Santillán, la editorial del epígrafe ha puesto en circulación este ensayo del conocido militante socialista italiano que, junto con su hermano Nello, fué asesinado en Francia, por orden expresa de Mussolini, en junio de 1937.

Sin duda alguna la publicación de esta obra es una valiosa contribución y un aporte inestimable para el movimiento socialista de habla hispana, por cuanto su autor está dotado de una recia inteligencia, metódica y disciplinada y de un sentido crítico poco común en los hombres de partido, que le permiten abordar el problema del revisionismo italiano, mostrando sus orígenes, causas y finalidad y propugnando por una superación del marxismo que saque al socialismo de los cauces, en muchos aspectos limitados y dogmáticos, del autor de "El Capital", sin desechar por ello lo que el marxismo tiene de vivo y palpitante en la actualidad.

El profesor Roselli no combate al marxismo en todos sus aspectos, como lo han hecho los antimarxistas, muchas veces con criterio simplista, sino que dirige su crítica contra lo unilateral o lo apriorístico del pensamiento de Marx que lo indujo a conclusiones falsas esforzando los hechos o la historia para sostener su sistema.

El autor ataca en particular el materialismo y el determinismo históricos que Marx y sus discípulos consideran como las causas fundamentales de la evolución humana. El hombre es un animal económico han dicho, poco más o menos, y se mueve impulsado por necesidades materiales que son las que determinan sus acciones, restando toda importancia a la voluntad y a los ideales morales.

Roselli —y en esto estamos enteramente de acuerdo con él— sin negar la influencia de las causas económicas que agitan a los pueblos, sostiene que el factor ético y la voluntad del hombre son esenciales para la transformación de la sociedad, y propicia una nueva modelación ética para el socialismo. Oigámosle: "El socialismo debe corregir, bajo pena de parálisis, su plataforma materialista, determinista. Debe volver a los orígenes, volver a bajar al corazón de las masas. Sea evolucionista o revolucionario, tiene necesidad de una remodelación ética, de una formación voluntarista. Hasta aquí no habló exclusivamente más que de interés, de derechos, de bienestar material. Es preciso ahora que hable más a menudo de ideal, de deber, de sacrificio".

Y todavía: "Se trata, en suma, de una nueva afirmación libre y elevada del ideal socialista al margen de todo prejuicio de escuela o de método. El socialismo no es la socialización, ni el proletariado en el poder, ni siquiera la igualdad material. El socialismo tomado en su aspecto esencial, representa la realización progresiva de las ideas de libertad y de justicia entre los hombres..."

En síntesis; el autor aboga por un nuevo socialismo, con un programa constructivo, basado en la libertad, porque, evidentemente, el socialismo o es libre o no es socialismo.

El profesor Roselli ha creído conveniente aclarar en el prefacio que la obra adolece de lagunas y que carece de notas y bibliografía porque fué escrita en el mayor secreto en la isla de Lipari, donde fuera confinado por el "Duce" y de donde logró evadirse después, según él mismo narra en páginas autobiográficas emotivas y vibrantes.

Entendemos que la forma en que ha sido escrito el ensayo que nos ha sugerido estas líneas da mayor relieve a la capacidad e inteligencia de su autor, y que el hecho de referirse en particular al movimiento socialista italiano no implica que no sea una contribución de valor inapreciable para el socialismo en general, que ha de hacer meditar a todos, pero, en primer término, a las juventudes militantes de los países de habla hispana, que deberán aprovechar sus experiencias y sus enseñanzas para que el socialismo opte por nuevos y más amplios rumbos si realmente quiere ser un factor de peso en el desarrollo del progreso y la libertad del género humano.

J. GIGARO.

PEDAGOGIA CONTABLE

por JOSE F. TOSCANO

Nos parece que el autor de este libro llegado a nuestra mesa de redacción, ha logrado su propósito de establecer una íntima relación entre Contabilidad y Economía Social, con base pedagógica, para hacerla accesible al lector profano, y sobre todo, a las masas laboriosas. De ahí que su expresión resulta clara en este párrafo: "Oriéntandose la política y la economía a absorber la mayoría de las actividades individuales, se hace necesario, para no caer en el totalitarismo, dotar al individuo de los conocimientos suficientes para que pueda ejercer en forma consciente y racional sus derechos económicos, qué serán los nuevos derechos del futuro, para lo cual es imprescindible que adquiera conocimientos de contabilidad como medios fundamentales para llegar al conocimiento económico".

El libro abarca dos partes: una panorámica, de divulgación de la materia, con sus raíces en lo doméstico y particular; y otra parte, técnico-profesional. Ambas se complementan.

Tanto en los métodos para la enseñansa activa contable (siguiendo la nueva educación), como en la participación del alumno en la marcha económica de un pueblo, hay una severa crítica al actual aprendizaje superficial de la economía, con miras especulativas individuales y sociales, y hay también un anhelo de crear una cultura económica social evidentemente superadora. "El pueblo, dice, sabrá entonces de lo que se trata en el campo de la política, y también, lo que es cien veces más importante, sabrá lo que se trata en el campo de la economía. El individuo, de esta manera, se emancipará por su saber económico, más que por su saber político, y forjará una verdadera y perdurable libertad. Todo lo que así no sea, será totalitarismo y opresión, gobierne la plutocracia ó el proletariado".

R. C.

OMAR KHAYYAM

por HAROLD LAMB, Editorial "Sudamericana".

No decae el auge de las biografías noveladas y continuamente vemos engrosar la bibliografía castellana, con obras de esta índole, traducidas de diversos idiomas.

La que nos ocupa ha sido vertida del inglés y se refiere al autor de los "Rubayat", que recogidos, traducidos y publicados 700 años después de la muerte de Khayyam por el poeta inglés Edward Fitz-Gerald, suscitaron la admiración de los estudiosos, abriéndose en su torno una discusión con respecto hasta qué punto aquellos versos pertenecían al poeta persa y cuánto de suyo había puesto en ellos el traductor.

Como en toda obra de la índole de la de Lamb, la realidad se confunde con la fantasía, la historia con la leyenda y no es siempre fácil al lector separar las unas de las otras para destacar con precisión al personaje y ubicarlo en el justo medio histórico en que actuó y vivió.

Hemos leído esta interesante biografía prescindiendo en cierta medida, de la realidad histórica —que por otra parte desconocemos bastante— para gustarla como una obra literaria, y en este sentido nos satisfizo plenamente por la belleza del estilo, ameno, fluído, cautivante, los caracteres bien perfilados de los personajes que actúan en ella y la magistral pintura del ambiente en que se desarrolla.

Lamb es, sin duda, un profundo conocedor de la vida oriental y ha estudiado con amor, y hasta donde le ha sido posible, la vida de Omar Khayyam y la Persia de su época, para brindarnos una obra por muchos conceptos interesante y, además, hermosa por la forma y por los trazos pictóricos de una época tan lejana (Omar Khayyam vivió en el siglo XI) y envuelta, para los occidentales, en el misterio atrayente de todos los países del oriente legendario.

Como rasgo sorprendente debemos hacer destacar que el poeta persa, universalmente conocido por sus "Rubayat", era por sobre todo un gran matemático y astrónomo, autor de varias obras científicas —una de álgebra, entre ellas— y un espíritu liberal que ha estado en conflicto con la religión ortodoxa de su tiempo, por cuya razón goza en su patria de muy poco prestigio aún hoy, según nos dice en notas aclaratorias el autor al final de su obra.

J. R.

FRANCO, VALEROSO CABALLERO CRISTIANO

por O. E. IREDELL, "Editorial Americalee"

Se trata de la conversión rotunda de un clérigo inglés, y luego de no menos intensa vacilación, de su entrega total a la defensa de la España republicana y obrera. Las cartas de un hermano suyo, sorprendido en la península, actuante por voluntad de conciencia recta en la lucha civil de parte de los leales, van mostrando al clérigo, entre dudas y bajo la presión hostil del ambiente puritano y sectario en donde es predicador religioso, la clara verdad sobre el heroico pueblo español. El verá entonces, con caracteres nítidos, la brutalidad franquista, y la burda mentira oficial de los gobiernos de Inglaterra y Francia, sobre "no intervención".

Libro verídico, pues, alejado de toda imaginación, sin altisonancias, de una sencillez y de una verdad conmovedoras. Su traducción española se adelanta a la edición inglesa, basada en los manuscritos. Hay en ellos un proceso individual; la historia moral de un clérigo, de su vida y de su pensamiento; y otro proceso social: la historia de la tragedia ibérica, su realidad y su futuro, que hoy se abre promisor después del abatimiento del totalitarismo nazi-fascista. Queda todavía un reducto, y el libro de Iredell ha de contribuir a derrumbarlo. Lo demás lo hará el esfuerzo y la voluntad del pueblo español, contra ese ruín caudillo que no es ni valeroso, ni caballero, ni cristiano.

H. E. R.

LA CITY DE LONDRES

por A. DAUPLIN - MEUNIER
Editorial Araujo

Los títeres de la política, en el Grand Guignol internacional de pre-guerra, era harto sabido que los movían manos bursátiles ocultas tras el agio, por lo general turbias en sangre de todas las patrias (la Internacional de los Armamentos, según Relgis, que no tiene patria, y en cada país explota el patriotismo... para vender armas: Truts Schneider, Skoda, Krupp, etc.,). Esas garras ávidas de oro condujeron las riendas de todos los gobiernos europeos (e indirectamente, de todo el Mundo) y llevaron a los pueblos inermes e inconsultos a la guerra. ¿Quién los sigue manejando ahora? ¿Ha desaparecido la gran banca?. Es el interrogante que deja como saldo horroroso la gran tragedia, y que los pueblos quizás si podrán responder.

Aunque apareció en vísperas de la gran contienda, este gran libro "La city de Londres" descorre el velo. Se vé aquí el centro bursátil de Londres, una urbe dentro de la gran urbe. Es el nido de cuervos de la Finanza, la mano de hierro imperialista más poderosa de la tierra, que será difícil estirpar del suelo de las islas británicas, aunque hay síntomas de liberación en el pueblo inglés.

Dauphin-Meunier no es un improvisado estudioso de las finanzas, porque entonces no hubiera podido escribir esta formidable requisitoria. Hace ya algún tiempo, en 1937, apareció en castellano, su libro "La revolución de los crisantemos", bajo el título de "La Comuna húngara", que habla del gran movimiento insurreccional, (copado después por el almirante Horthy) del pueblo magyar, en 1918-19. Lo publicó con el pseudónimo de Pierre Ganivet, con el que es conocido en los ambientes libertarios franceses. Experto en finanzas, ha escrito innúmeros trabajos sobre temas bancarios, entre ellos "El servicio de los cambios" y "La Banca, de 1919 a 1935" (que es una historia descarnada, en vivisección, de los bancos alemanes, ingleses y franceses, y sus manejos de la política por vía económica); y en los medios sindicales e internacionales ha redactado planes fecundos de la organización fi-

nanciera en la reconstrucción societaria del porvenir inmediato post-revolucionario.

Suele ocurrir que, al detenerse uno frente a una librería, dice para sí: —Ahí veo un libro que *debo* leer. Tendré que comprarlo o procurar que me lo presten." Si el estudiante, el obrero, el profesional, el maestro, hombre o mujer, que lean este comentario mío, de tono entusiasta, llegan a decir lo mismo, y hacen lo posible por adquirirlo, conocerán cómo hay un gran enemigo de la humanidad, causante de las guerras, que no vacilaría en especular fríamente con la bomba atómica destructora, con tal de salvarse, y ese enemigo es la FINANZA internacional capitalista, que ha cometido los dos mayores crímenes históricos de estas dos guerras mundiales, y de otros crímenes menores durante un largo siglo, por encima de las patrias, de los hombres y de la humanidad.

HIPERION.

El país en plena crisis social

POR UNA EFECTIVA SUPERACION

Al agudizarse la situación de crisis que vive internamente la Argentina, es dable apreciar un fenómeno cuyas consecuencias han de ser, a juicio nuestro, ventajosas para la marcha del progreso social.

El pueblo se ha visto obligado a tomar posiciones frente al gobierno militar que no puede ocultar su factura dictatorial, y en esa disposición combativa acaba de demostrar que le sobra espíritu de lucha cuando la finalidad perseguida es clara, más alta que la del interés electoralista o caudillista, cuando lo que está en disputa son sus derechos y libertades elementales.

Además de esta auspiciosa revelación popular, han surgido con fuerza irrefutable nuevos conceptos, una visión distinta, superada, de lo que se quiere y entiende al combatir al totalitarismo. Estamos asistiendo todos los días a las serenas y agudas manifestaciones juveniles, de la parte más sana y consciente de nuestra juventud, que dicen de su inconformismo con las viejas formas políticas y económicas que fueron la base de los programas políticos argentinos. Se está formando una conciencia de la necesidad de superar las fallas inherentes al régimen democrático, y pocos son ya los que se conforman con pedir la "vuelta a la normalidad institucional"; no en vano ha de reconocerse que el movimiento del 4 de Junio fué algo más que un simple cuartelazo: que en realidad fué precedido por muchos años de ignominia y falsedades políticas; que brotó en medio de condiciones tales de descomposición social, que su aparición se vería ampliamente justificada de haberla motivado otra disposición renovadora; que nuestra crisis, si bien tiene características propias de carácter nacional, es también consecuencia de la revolución producida en el mundo por el fascismo y la guerra total.

El fracaso de los viejos partidos políticos, viciados unos sin remedio, ajenos a la realidad del país los otros y carentes todos del verdadero espíritu liberal que recoja las experiencias vividas en esta era superestatista, fué la causa principal para que la gran mayoría de nuestro pueblo se mantuviera apática, indiferente a los vaivenes de la vida política y económica nacional. Se creó así una inconsciencia peligrosa, propicia al aprovechamiento de los oportunistas que, como los del actual gobierno militar, visten sus actos dictatoriales con la apariencia del más avanzado socialismo. Igual que en Europa, el totalitarismo ha querido medrar con la ineptitud de las viejas democracias burguesas para ponerse a tono con las exigencias de la época. Por suerte para nuestro pueblo, tenemos la dolorosa experiencia de esta guerra recién terminada con el ocaso de los "salvadores providenciales", y también por suerte quedó íntegro el espíritu de libertad, tanto tiempo apagado.

La reciente Marcha de la Libertad y la Constitución, que reunió a la gran mayoría del pueblo de Buenos Aires, ha demostrado dos verdades alentadoras: una, que el pueblo es capaz de "moverse" y actuar si sabe lo que quiere; la otra, que lo que quiere no es solamente la restauración de los derechos constitucionales, que anhela una efectiva superación de la democracia, la creación de un orden social que garantice, no sólo en la letra jurídica, sino en la estructura activa, más justicia económica, más libertad política.

Pero, en una época en que hacen crisis las grandes tendencias de orientación político-social que chocaron en guerra incruenta; frente a la angustia de los problemas inmediatos de todo orden que deben solucionarse, no es suficiente que exista un anhelo de superación. Si éste no llega a concretarse en acción constructiva, perderá su valor como factor de progreso social.

¿Qué es lo que queremos superar y construir? Si rechazamos la regulación de nuestra vida personal, de nuestra condición de ciudadanos, por parte del Estado absolutista que llega a abrogarse poderes discrecionales y convierte a nuestra libertad en un favor que o nos lo otorga o nos lo niega a su arbitrio, debemos buscar la salida en la estructuración de un sistema de democracia política que, a la inversa de la falsa democracia actual, esté basado en el contralor efectivo de los órganos representativos del pueblo. Si repudiamos la concentración de la vida económica en manos de una clase capitalista que ha demostrado ser incapaz de proporcionar la justicia y el equilibrio deseado por los pueblos, lo lógico es asímismo que rechacemos también el nuevo capitalismo —el socialismo de Estado— que no varía en lo fundamental pues siempre unos pocos disponen del poder y las riquezas. Si lo malo del sistema de la libre competencia capitalista es su inevitable formación en truts o monopolios, poco se ganará con favorecer la formación del super-monopolio por parte del Estado; las formas serán otras, las consecuencias las mismas.

Partiendo de estas conclusiones generales, debemos marcarnos una finalidad clara: luchar por la democracia integral, propiciando el logro de conquistas económicas y políticas que atiendan a la justicia y a la libertad individuales, dentro del armónico sistema colectivo.

Es preciso luchar por la transformación constante de la organización política argentina, con miras a una estructura federalista en oposición al centralismo estatal de hoy, y con el propósito de que sean las fuerzas del pueblo —primero el hombre, después el Estado— las que controlen la administración de la cosa pública. Fortaleciendo la autonomía regional y otorgando el valor máximo a los municipios, para salir del centralismo político tan nefasto; propiciando la intervención creciente de los productores (obreros, profesionales, técnicos, maestros y todos los que ejercen una función noble) en la organización de cooperativas y empresas de trabajo, para restarle fuerza al capitalismo monopolista sin caer en el capitalismo estatal.

Si la lucha actual contra la dictadura tiene su base moral en estos puntos de mira de largo alcance y claro sentido social, podemos estar seguros de que en vez de aminorar, ha de robustecerse. No importa que los partidos, reconociendo sus anteriores fracasos, recojan las tendencias nuevas y las incorporen a sus programas; lo que interesa es que es el pueblo, y de su seno la juventud, quien impone tal línea de conducta. Será así una vez más, cómo se cumple una vieja premisa: lo que otorgan los dirigentes es lo que el pueblo les obliga a otorgar, y no más.

ISAAC MAGUID



Hombre del Altiplano